

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

FLAVIO JOSEFO: *Antigüedades judías*. Edición de José Vara Donado. Madrid, Akal/Clásica 45, 1997, 2 vols., 1270 pp.

La extensión de esta obra y su complejidad, tanto histórica como filológica, bien merecen que se le preste la debida atención, como testimonio singular del judaísmo helenístico, pues la personalidad de Josefo, rebuscada y oportunista, le llevó a escribir una amplia producción literaria cuyos objetivos fueron el engrandecimiento del pueblo judío frente al mundo romano, por una parte, y la justificación de su propio comportamiento, por otra.

La historia narrada en las *Antigüedades* comienza con la creación y finaliza en el año duodécimo del emperador Nerón. Hasta la mitad del libro XIII, de los XX en que está dividida la obra, Josefo sigue con mayor o menor fidelidad la narración bíblica, si bien intercala episodios extraños a ella, como el de la *Carta de Aristeeas* sobre la traducción al griego del Pentateuco (XII 11-119), o relatos históricos de tiempos más cercanos.

Ediciones Akal nos ofrece una publicación que responde a los intereses de un amplio grupo de lectores. Hasta hace pocos años era reducido el número de traducciones españolas de las obras de Josefo, concretamente de las *Antigüedades*, y también era escasa la atención que se dedicaba a este autor en los círculos académicos. Sin embargo, en las últimas décadas se ha producido un fuerte impulso en el interés que suscita tanto el personaje como su obra. Interés que se expresa en numerosos trabajos y en grandes proyectos como el «Brill Josephus Project», *Flavius Josephus Translation and Commentary*, con dos volúmenes publicados (2000-2001), que está llevando a cabo un equipo internacional, dirigido por S. Mason; o la edición bilingüe iniciada en 1990 por É. Nodet en Les Éditions du Cerf. Hasta 1961, en que Luis Farré publicó las obras completas de Josefo (Buenos Aires, Acervo Cultural/Editores), sólo contábamos con la traducción de la *Guerra judía* de Juan Martín Cordero (1549, reimpresión hasta 1983) y la de J.A.G. Larraya (Barcelona 1952). De otra de sus obras, *Sobre la antigüedad de los judíos* también llamada *Contra Apión*, además de la versión de Alfonso de Palencia (Sevilla 1492) existía la de José Semah Arias, publicada en Amsterdam en 1687, y de los veinte libros de las *Antigüedades* se había publicado una traducción anónima, también en Amberes, en 1554. Era necesario, por tanto, ampliar la oferta, y en los años recientes varias editoriales (Alianza, Gredos, Akal) han aceptado el compromiso de difundir la obra de Josefo como úni-

co representante de la rama histórica del judaísmo helenístico, si exceptuamos fragmentos conservados en otros autores como Eusebio y Clemente de Alejandría. La aportación de los traductores en esta empresa no es pequeña y, en concreto, la de José Vara Donado en estos volúmenes de las *Antigüedades* tiene gran mérito.

La traducción va precedida por un cuadro cronológico que llega hasta el año 96 de nuestra era, año de la muerte del emperador Domiciano. Le sigue una breve Introducción (pp. 9-22) con tres capítulos: el primero sobre la vida de Josefo, el segundo sobre las *Antigüedades* y el tercero de información bibliográfica (algunas obras como la de P. Villaba i Varneda, *The Historical Method of Flavius Josephus*, Leiden, 1986, se echan de menos).

Cada libro se inicia con el resumen de su contenido, que sirve de base a uno de los dos sistemas con que se divide el texto: el que numera por capítulos, comúnmente en números romanos, y por párrafos, comúnmente en arábigos. Este sistema convive con el más sencillo y más empleado: los libros en romanos y versículos correlativos de principio a fin en numeración arábica (que en esta edición sólo aparece al comienzo de párrafo). Aquí la numeración romana de los capítulos se presenta en arábica, va detrás del encabezamiento de párrafo, donde también figura la correspondencia bíblica, y en muchas ocasiones se omite el 1 del primer párrafo del capítulo (cf. libros XVIII a XX). La dificultad para localizar los pasajes es grande, pues al hecho de no haber numerado todos los versículos se han añadido otras inconsistencias: en las notas se citan en arábigos (otros más) los libros de las *Antigüedades*, no así los de la *Guerra judía*, y se dice capítulo cuando se da el número del versículo; en el índice no, aunque las muchas comas (en el texto son puntos) no contribuyen a la claridad.

La traducción de J. Vara Donado mantiene el ritmo de la construcción griega propia de Josefo, de frase larga y artificiosa. En ocasiones llama la atención la excesiva literalidad con que se ajusta al léxico original (p. ej. «Pues fue entonces la primera vez que dotó al Templo de víctimas para degustar», p. 452, τὸν μὲν γὰρ ναὸν τότε πρῶτον ἐγευσεν ἱερουργημάτων VIII 123). Es, sin embargo, a través de esa fidelidad al estilo del autor como mejor pueden percibirse los matices de su personalidad y de su pensamiento.

Tanto la identificación como la transcripción de los nombres propios son un escollo en las obras de Josefo. Concretamente los nombres bíblicos no se ajustan siempre a las formas hebreas, quizá porque reflejen alguna fase de su pronunciación o porque hayan sido modificados en el proceso de transmisión. J. Vara tiende a transcribirlos según su forma griega, si bien no todos (p. ej. Ἀβιγαία aparece como Abigail, que es su nombre bíblico, y no Abigaya, transcripción que aparece en el índice), por lo que algunos personajes son difíciles de reconocer; p. ej. Jeus (no *Jesús*, como figura por error en el número 5 del resumen del libro IX), transcripción de Ἰηοῦς (faltaría el acento), es Jehú, el rey de Israel de 2 *Reyes*; e igualmente Otlía (también sin acento, y en IX 150 Otilia), transcripción de Ὀθλία, es Atalía, la reina de Judá de 2 *Reyes* 11, y Jodas (en el índice Jodaus), es Yehoyadá, el sacerdote que ordena su muerte. Casos así habrían merecido una nota. La formación clásica del traductor se manifiesta en la distribución de las notas, más numerosas a partir del libro XII donde comienza la época helenística, en contraste con la parte bíblica en que apenas figuran.

Son importantes los problemas que presenta el índice de nombres. En primer lugar, la dificultad para localizar los pasajes que ya he indicado. Por otra parte, como también he dicho, son

grandes las dificultades reales para mantener un criterio sobre la forma de los nombres propios, pero no deberían serlo para mantener la coherencia entre el índice y el texto. Son demasiados los casos que podría aducir; citaré ejemplos diversos: *desembarcadero* (*sic*: minúscula y cursiva), I 3.5, aparece en el índice como Apobaterion; Abira, VI 3.2, como Abía; Abisai como Abesa y Abisa; Eúfrates (*sic*) como Eufrat; Osabet, IX 7.1, como Josabet; Mariam como Mariame (Μαριάμη) no en todos los casos, con varias entradas confusas. Los acentos discrepan en texto e índice: Bánquides / Banquides, Eútico (*sic*) / Eutico, Magedó / Magedo, Medaba / Médaba, etc. y son erróneos en Filométor, Filopátor, Nicátor, Oséas, etc. También se echan de menos entradas y citas.

Es lástima que a un trabajo tan arduo y tan esperado entre los hispanohablantes no pueda dársele la acogida que merece por causa de factores secundarios que hubieran podido corregirse con una labor editorial más esmerada.

M^a VICTORIA SPOTTORNO

Claudii Galeni pergameni Περί ψυχῆς παθῶν καὶ ἀμαρτημάτων, ed. I. Magnaldi, Roma, 1999, pp. LXII + 131

Ya es de por sí una alegría la aparición de una nueva edición de alguna de las obras de Galeno, pero en esta ocasión, pienso, debemos felicitarlos porque la nueva edición, que aquí reseñamos, de dos textos bien difíciles no sólo supera la antigua edición de Kühn —lo que, quizá, no sea tanto mérito hoy día— sino que mejora dos buenas ediciones que, producto cada una de ellas del nivel de edición que entonces se tenía, no dejan de ser obra de dos grandes editores conocedores de Galeno, W. De Boer y I. Marquardt, y de dos magníficos centros de edición como son la Biblioteca Teubner y el *Corpus Medicorum Graecorum* de Berlín. Ambas han sido, entre otras, las ediciones base para la que ahora nos ofrece la Dra. Magnaldi.

Lo que en este libro se nos presenta con un solo título que en nuestra lengua se podría traducir *Pasiones y errores del alma* son en realidad dos tratados que pertenecen a las llamadas obras psicológicas de Galeno. Son, como decimos, textos muy difíciles, basados en una tradición muy deficiente, manuscritos con muchas correcciones, lagunas y, a veces, lecturas bastante inciertas. Por eso la Dra. Magnaldi ha sometido el texto a una revisión detallista, rigurosa, un texto en el cual la autora ha estado trabajando, al menos, desde que en el año 1990 diera a conocer sus primeras conclusiones sobre el texto de parte de este tratado que ahora edita. Algunos *loci desperati* siguen sin estar resueltos y en alguno que otro el texto dado, en mi opinión, resulta intraducible. Se aceptan numerosas conjeturas de las que siempre el texto ha estado necesitado y siguen dominando por doquier las cruces indicando corrupción. También ha desechado y depurado conjeturas anteriores, innecesarias, que, si no a la ligera, sí se habían hecho demasiado apresuradamente o algo ajenas a la lengua de Galeno. Todo ello no desmerece, por el contrario pone de relevancia la mucha *acribia* con la que ha trabajado la autora. El aparato crítico de esta edición es inmenso y, si no siempre, en esta ocasión creo que es un valor que debemos tener en cuenta, dadas las muchísimas dificultades que se han presentado y el fuerte nivel de conjeturas adoptadas de unos y otros, además de alguna

que otra personal. La edición es rematada con un apéndice en el que aun se recogen palabras suprimidas o añadidas y conjeturas menores de críticos y editores anteriores. Es difícil reseñar una edición como ésta porque habría que cogerse el texto y traducirlo. Yo creo de todas formas no necesitar llegar a ello, porque veo en mis suficientes aproximaciones al texto una forma de trabajo muy solvente, segura y que no ha rehuído *lectiones difficiliores* ni estudiar con mucho detalle interpolaciones, abreviaturas encubiertas, a veces mal leídas por sus predecesores, lagunas y muchos de los otros problemas textuales que presenta el texto. Y, ante todo, porque ha tratado de ser fiel a los códices, muy especialmente al Laurentianus (ss.XII-XIII) que le ha dado muchas pistas para reconocer errores que venían en el texto desde la Aldina. No he intentado buscar erratas, pero una que me toca más de cerca me ha saltado rápidamente a la vista: en la cita de las Actas del congreso de Madrid se ha escapado un Madriti que debería ser Matriti (pág.XLVI).

M^a DOLORES LARA
CSIC

Lisia. Epitafio. Introduzione, testo e commentario a cura di Domenico Ferrante. Nápoles, Editrice Ferraro, 2000. 45 pp.

Lisias fue, con mucho, el más prolífico de los diez oradores del canon de la antigua Grecia a juzgar por el número de obras que se le atribuyen: aproximadamente unos 200 discursos judiciales, a los que habría que sumar los epidícticos, deliberatorios, cartas, etc. Ya en la misma Antigüedad, sin embargo, lexicógrafos, críticos, enciclopedistas, etc., tuvieron serias dudas sobre la autenticidad de muchos de ellos, que habrían sido puestos bajo su nombre por mor de la fama adquirida como logógrafo. No sólo discursos de tradición indirecta, sino también otros de transmisión manuscrita han sido objeto de detallado análisis por sospechas de inautenticidad. Entre ellos está el *Epitafio* (II), junto con el *Olimpico* (XXXIII) transmitido por Dionisio de Halicarnaso los únicos discursos epidícticos de Lisias que hemos conservado. Ahora bien, mientras que las dudas sobre la autoría lisiaca del segundo son menores, no ocurre lo mismo con el primero, cuya autenticidad han cuestionado estudiosos y editores de Lisias como Blass y Thalheim, frente a quienes, como Hude y Gernet-Bizos, la aceptan. Pues bien, de los argumentos esgrimidos por unos y otros trata Ferrante en el § 2 de la Introducción (pp. 5-9), después de haber resumido en el anterior el contenido de los otros cinco *lóγοι ἐπιτάφιοι* que hemos conservado de la literatura griega (Gorgias, Pericles *ap.* Th., Platón en el *Menéxeno*, Demóstenes e Hiperides). Su edición, de carácter escolar, consta, además de la mencionada introducción, del texto griego y un extenso aparato de notas, pero sin traducción. En las notas predominan los contenidos sintácticos y estilísticos, cuando no se limitan a proporcionar la traducción de pasajes difíciles. Menudean las citas de *loci paralleli*, de otras obras de Lisias o de otros autores, lo que contribuye a ilustrar el contenido de dichos comentarios. Llama la atención la frecuencia de versiones, no al italiano, sino al latín, y de referencias a términos latinos de idéntico significado o construcción sintáctica, al modo de los anti-

guos comentarios para estudiantes a los que se suponía dotados de un mejor conocimiento y dominio de esta lengua que de la griega. Hay en las notas etimologías que más bien parecen superfluas, por su carácter informativo más que aclaratorio. En conjunto, sin embargo, el comentario cumple holgadamente su función de aclarar al lector los pasajes difíciles del texto.

El infortunio ha querido que la edición haya salido con abundantes erratas tipográficas, a mi juicio excesivas para su extensión. He aquí el listado completo de las detectadas:

§ 3: omisión de τοῖς καιροῖς delante de τοῖς τοιούτοις; § 4: ἄνδρες por ἄνδρες; § 4, notas: οἰκοῦντων por οἰκούντων; § 10, notas: ἄθλα por ἄθλα; § 12, notas: ἤδοῦντο por ἤδοῦντο; § 14: ἦραντο por ἦραντο; § 15, notas: ἄθλον por ἄθλον; § 16, notas: τοσοῦτω por τοσοῦτω; § 17, notas: συλλεγμένοι por συνειλεγμένοι; § 18, notas: πρώτοι δὲ por πρώτοι δέ; § 20, notas: πολλά μὲν καλὰ por πολλά μὲν καλὰ; μυριάδας por μυριάδας; § 21: δὲ por δέ; οὕτως por οὕτως; Ἑλληνας por Ἑλληνας (texto y notas); § 21, notas: τήνδε por τήνδε; ῥαδίως por ῥαδίως; ἄν por ἄν; § 22, notas: δόξα τις por δόξα τις; § 25, notas: ἢ φοβοῦμενοι por ἢ φοβούμενοι; ἐν τῇ αὐτῶν por αὐτῶν; § 28: Ὁ δὲ μὲ μέγιστον por Ὁ δὲ μέγιστον; § 29, notas: Ἑλληνας por Ἑλληνας (*idem* § 33); § 33, notas: ἀμύνασθαι τε por ἀμύνασθαι τὲ, ἄθλα por ἄθλα; § 34: ἰδὼν por ἰδὼν; § 37, notas: τὴν μὲν πολὺν por τὴν μὲν πόλιν; § 42, notas: ἐκείνοι por ἐκείνοι; § 43, notas: γνήσιαν por γνησίαν; § 44, notas: Πελοποννησίαν por Πελοποννησίων; ἀγαπῶντων por ἀγαπώντων; ἀπαλλάχθαι por ἀπηλλάχθαι; § 49, notas: πολιορκούντων por πολιορκούντων; § 52, notas: σύνετος ὢν ἅμα por συνετὸς ὢν ἅμα; § 54, notas: Τίς γὰρ ἂν ἢ λόγος por Τίς γὰρ ἂν ἢ λόγος; § 57, notas: σωφροσύνην por σωφροσύνην; § 58, notas: Ἑλλησι por Ἑλλησι; § 60 ἐπὶ por ἐπὶ; ἐγγίνεται por ἐγγίνεται; § 63: τοὺς Λακεδαιμονίων τάφους por τοὺς; § 63, notas: μέγαλην por μεγάλην; § 64, notas: ἀδελφα por ἀδελφά; § 65, notas: στασίασαντες por στασιάσαντες; § 68: δυστήσαντες por δυστυχήσαντες; § 73, notas: ὄσφω por ὄσφω; § 74: μὲν por μὲν; § 75: falta χάριν tras ἀποδοῦναι; § 76, notas: τιμῶμεν ἂν por τιμῶμεν ἂν; τῶν ζῶντων por τῶν ζώντων; § 79: τῆ por τῆ; § 77, notas: Ἀλλὰ por Ἀλλὰ; § 77: οὐδ' por οὐκ οἶδ'; § 81, notas: τοῦτο por τούτοις.

Habría sido de agradecer una mayor atención a este aspecto, en especial en un libro que se supone destinado a ayudar a los estudiantes en el aprendizaje de la morfología y sistema acentual griego.

Las notas de Ferrante están bien seleccionadas y construidas. Si acaso, alguna he visto que poco o nada aporta al texto en punto a claridad, como cuando en el § 68 explica *περὶ τῆς ἐκείνων ἐλευθερίας* con la versión latina *pro eorum libertate* (¿de quiénes?). Pero éstas son las menos. Diré finalmente que para un empleo ágil de la edición se hace incómodo el desajuste de página entre texto y notas.

Por lo que respecta a la bibliografía reseñada en la p. 43, echo de menos algún que otro título, como el de Avezzù sobre el *Epitafio* en el *Marc. Gr. 416 (Bollettino del Comitato per la preparazione dell'Edizione nazionali dei Classici greci e latini 27, 1979, pp. 51-67)*, la tesis doctoral (1981) de Kleinow sobre los catálogos de *res gestae* que se empleaban en los discursos fúnebres – entre ellos, el de Lisias –, un artículo (en polaco, pero con resumen en latín) de Turasiewicz sobre la autenticidad del *Epitafio (Schedae litt., Cracovia 1973, pp. 9-55)*, dos trabajos más de Walters además del citado (por cierto, bajo la forma errónea Wlaters)

en *Florilegium* 2, 1980, pp. 1-27 y *RhM* 124, 1981, pp. 204-211, y, finalmente, la versión del discurso que hizo E. Medda al italiano en el vol. I de su traducción de Lisias (Milán, 1991). En fin, desde el punto de vista español es doloroso el desconocimiento – ¡ojalá no sea más que eso! – de la edición que hizo M. Fernández-Galiano en la colección de autores griegos y latinos *Alma Mater*, con introducción y notas. Estoy seguro de que Ferrante habría podido sacar provecho de ella.

El libro, en conclusión, responde bien a las exigencias de un público italiano pre- o proto-universitario con conocimientos básicos del griego. Animo a su autor a depurar las sucesivas ediciones de los molestos errores tipográficos observados

JOSÉ M. FLORISTÁN IMÍZCOZ

LAVECCHIA, SALVADOR, *Pindaro. I ditirambi. Introduzione, testo critico e commento (Pindari Dithyramborum fragmenta, edidit SALVATOR LAVECCHIA)*, Roma-Pisa, Edizioni dell'Ateneo, 2000. 301 pp.

La oleada de ediciones de fragmentos pindáricos de los últimos años nos depara ahora una nueva de los ditirambos¹. La tarea la ha llevado a cabo un filólogo formado en la Scuola Normale Superiore de Pisa, bajo la guía de F. Ferrari, S. Lavecchia (en adelante L.), que había dedicado ya su “tesi di perfezionamento” al Ditirambo II, compuesto para los tebanos, tal como se recoge en diversos estudios del autor. Precisamente este punto de partida condiciona la distribución del contenido de la presente obra, claramente descompensada en cuanto a la atención prestada a los fragmentos del poema tebano, frente a la extensión dedicada al resto. Más de un tercio de la edición (casi 130 de las 300 páginas del total) está ocupado por el texto, aparato crítico, traducción y, sobre todo, comentario del mencionado ditirambo.

La organización del volumen es la siguiente. Tras la “Prefazione” (pp. 9-10), la introducción (pp. 11-22) y el *Librorum conspectus* (pp. 23-26) se editan los fragmentos (*Dithyramborum Fragmenta*, pp. 27-73) con la siguiente ordenación Fr. 70^a, *Hercules* vel *Cerberus* (*Dith. II*, con la secuencia Frr. 70b+81+346+137*+249a* et c*+243*+258*), Fr. 70c, P. Oxy XXVI 2445, Fr. 75 y “Frammenti minori” (Frr. 72-4 + fr. 71?+74[1]*; Frr. 76-77; 78; 82; 83; 84; 342); considera “Fragmentum adiungendum” el Schol. Aristoph. Av. 390 y como “Fragmenta dubia” los Frr. 85*, 85a*, 86*, 86a* y 335**. Excluye definitivamente el fr. 80. Sigue el “metrorum conspectus” (pp. 75-80), del “Index verborum” (pp. 81-88) y la traducción (pp. 89-92: sólo de los fragmentos más extensos y completos). El grueso de la obra está constituido por el comentario (pp. 93-290), que se completa con un Apéndice (pp. 291-292, a propósito de Aristarco). Cierra la edición un “Indice dei nomi e delle cose notevoli” (pp. 293-297), el “Sommaro” (p. 299) y un *Addendum* (p. 301) con una adición bibliográfica comentada.

¹ En 1991 apareció la de M. J. H. Van der Weiden, *The Dithyrambs of Pindar. Introduction, Text and Commentary*. Amsterdam, J. C. Gieben. Muy reciente está la de los peanes, a cargo de I. Rutherford, *Pindar's Paean. A Reading of the Fragments, with a Survey of the Genre*, Oxford, 2001 (la tengo en mis manos: no es una más de las citas “fantasma” que ha conocido esta esperada obra).

Los aspectos más positivos de esta edición son, por un lado, la rigurosa revisión que L. ha llevado a cabo de los papiros correspondientes: las observaciones concretas sobre cuestiones paleográficas revelan su claro dominio de esta disciplina, lo que supone una garantía en la elección de determinadas lecturas. A ello se une el excelente análisis religioso-ritual llevado a cabo en el comentario del ditirambo tebano (y parcialmente en el resto), en el que no se deja prácticamente ningún aspecto sin detallar, con excelente y pertinente apoyo bibliográfico. En general, hay que considerar muy positivo el punto de partida de L., a saber, la valoración de la importancia del elemento cultural, de la estrecha relación entre ditirambo y τελετή dionisiaca y de la importancia que adquiere en Píndaro la vinculación de cada composición con el contexto ritual.

El desequilibrio en el tratamiento de los fragmentos se refleja ya desde el comentario al fr. 70a, de muy probable destino argivo. Frente a las hipótesis de M. van der Weiden² acerca de la situación mítica a que hacen referencia las primeras líneas conservadas, L. ha adoptado las agudas observaciones hechas por G. B. D'Alessio en su recensión a la edición de la primera³. Es decisivo en su interpretación, en efecto, el fragmento de Ferecides (*FgrHist* 3 F 12), con la presencia de los Cíclopes junto a Perseo, ya considerado por D'Alessio. L. asume asimismo su reflexión sobre Forco y la posible referencia a Dioniso en la línea 17. El problema es que L. apenas discute otras alternativas posibles, ni para las líneas iniciales ni para las que parecen desarrollar el mito. Además, en comparación con la orientación que seguirá en el ditirambo tebano, apenas informa sobre aspectos del dionisismo argivo, sobre Perseo en Argos (escuetamente) y sobre el carácter indudablemente dionisiaco de la figura de Perseo (algo que sí veremos desarrollado a propósito de Heracles), observaciones que pueden extenderse a aspectos del fr. 1 del P. Oxy. 2445 (editado en pp. 229 ss., aunque con un comentario más detallado). Las referencias a *loci paralleli*, al valor de los epítetos etc. resultan excesivamente escasas. Por ejemplo, no se entiende que el epíteto βρομιάδι (l. 11) no merezca el mismo tratamiento que se da en pp. 136-7 al epíteto divino Βρόμιος y que no se explote su valor en el contexto dionisiaco. En la línea 15 no le merece al autor ningún comentario la expresión λέγοντι δὲ βροτοί, tan importante en el marco de un poema pindárico en el que constantemente se contrastan e innovan versiones del relato mítico (cf. el diferente tratamiento en Van der Weiden, p. 49).

Por el contrario, hay un mayor despliegue filológico en el análisis del *Ditirambo II*. Respecto a la controvertida cuestión de la interpretación del arranque de este poema (aludo a la *uexata quaestio* de la σχοινοτένεια ἀοιδά etc.), comparto en buena medida el punto de vista de L. y sus críticas a recientes propuestas que no tienen en cuenta que las expresiones hacen referencia al canto y la voz y no a la danza. La utilización de testimonios poético-retóricos en que aparece el adjetivo σχοινοτενής y la relación establecida con los períodos métricos es razonable. Sólo una observación: ¿es seguro que debemos entender la forma σχοινοτένεια como un adjetivo “anómalo” (frente al usual σχοινοτενής). ¿Sería demasiado forzado aceptar que es un sustantivo totalmente normal, a modo de “aposición predicativa”: “el canto de los ditirambos se arrastraba de las bocas, (cual) tensión de junco”? O bien ἀοιδά δ. como aposición

² Cf. nota precedente.

³ En *JEA* 81, 1995, pp. 270-273.

(“una tensión de junco, el canto de los ditirambos”).

A propósito de la anáfora con ἐν δέ (vv. 10 ss.), no me parece necesario subrayar el valor temporal frente al local (p. 148). Es posible que los dos sean igualmente válidos y que la diferencia sea innecesaria, pero más evidente me parece el valor local (“allí, en ese lugar y situación”), para subrayar el orgiasmo de la fiesta en su materialidad. Por cierto, que el paralelo del primer ejemplo lírico de esta anáfora (Safo, 2 Voigt, el “ostrakon florentino”), cuyo valor local me parece indiscutible⁴, está ausente del comentario.

Como es de imaginar, considero plenamente acertada la decisión de L. de editar definitivamente el fr. 346 como parte integrante de este ditirambo, unión que defendí personalmente hace años⁵, a partir de propuestas anteriores menos decididas y que ahora aparece muy bien apoyada por el autor. Su detallado análisis de la adecuación de las expresiones pindáricas al dionisismo místico tebano es excelente, así como el partido obtenido de la aportación complementaria del comentario que aparece en el *PSI* XIV 1391 (fr. B, col I, 1-35). Sin embargo, no estoy plenamente convencido de la necesidad de que el personaje a que se hace referencia en dicho comentario como σοφὸν ἀγητήρα sea Teseo. El testimonio de Plutarco (quien a su vez hace referencia a otras fuentes que no precisa), aducido por L., destaca por pretender un forzado sincronismo de las acciones de ambos héroes (Teseo y Heracles), con una inclinación filoateniense que parece aquí fuera de lugar. Más lógico me parece aceptar desde el comienzo del fragmento la presencia de Eumolpo, cuyas virtudes como personaje merecedor de ser el purificador de Heracles son subrayadas. No encuentro convincente el recurso a admitir un largo espacio de tiempo entre la iniciación y la catábasis⁶. Por el contrario, comparto la opinión de L. de que debemos rechazar el valor locativo de Ἐλευσινόθεε aceptado por algunos autores. Es evidente que el personaje aquí aludido “transfiere” los misterios de Eleusis a su propia ciudad, es decir, Heracles los lleva *desde* allí a Tebas. También es sugestiva la hipótesis de L. de que se esté aludiendo a la introducción de ὄργια dionisíacos en el contexto místico del culto de los Cabirios (cf. pp. 191-195). El problema, claro está, es la falta de testimonios paralelos sobre el papel de Heracles como introductor de los misterios en Tebas, pero en el contexto de este ditirambo esta posibilidad tiene bastante sentido.

Una novedad de esta edición, que me parece menos convincente, es la adscripción (con dudas) a este ditirambo del fr. 137, hasta ahora considerado (aunque también sin confirmación definitiva) como parte de un treno (fr. 69 Cannatà-Fera). La secuencia métrica, a pesar de estar también en *kat'enoplion*-epítritos, no parece tener correspondencia con los restos de estrofa y epodo conservados. Además L. deja sin resolver el problema de la función y ubica-

⁴ Remito a las observaciones que hice en «Religión griega y lírica arcaica», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid 25-28 de septiembre de 1991), Madrid, 1994, pp. 33-79, p. 45, con la obligada referencia a D. Fehling, *Die Wiederholungsfiguren und ihr Gebrauch bei den Griechen vor Gorgias*, Berlín, 1969, p.196.

⁵ «Expérience orgiastique et composition poétique: le Dithyrambe II de Pindare», *Kernos* 5, 1992, pp. 183-207.

⁶ Para una defensa más detallada de este punto de vista, remito a mi ponencia «Le choix du mythe dans les dithyrambes de Pindare», *Xth Conference of Boeotian Antiquities*, Montréal, 16-20 de octubre de 2000 (Actas en prensa).

ción de estos versos en el conjunto. Parece más razonable mantener la adscripción a un treno. En cualquier caso, L. atribuye a M. Cannatà-Fera⁷, de forma errónea, la opinión de que la expresión διόδοτον ἀρχάν se refiere al “inicio de una nueva vida” (p. 212). En realidad la autora citada, quien defiende un valor escatológico de la expresión (indudable a mi juicio), dice expresamente que «non si può (...) vedere in ἀρχάν semplicemente ‘l’inizio della vita’, la nascita» (p. 207). De hecho nada en Cannatà-Fera está contra la interpretación de L. de ver aquí una referencia a «un destino migliore dopo la morte» (p. 212).

Mencionaré, por último, en esta selección, el fr. 75, con el célebre comienzo de un diti-rambo ateniense transmitido por Dionisio de Halicarnaso (v. pp. 75 ss.). El comentario es correcto y lleno de útiles observaciones. Sin embargo, de nuevo cabe preguntarse por qué no se profundiza en el marco del dionisismo ateniense del mismo modo que en el tebano. En aspectos de mayor detalle, comparto con L. la elección del infinitivo μελέμεν en la l. 11, pero no considero necesaria la modificación de la partícula té en dé en 13 (Ferrari, frente a Van Groningen)⁸ y discrepo de la elección de L. de la forma κισσοδόταν en l. 9: la lectura κισσοδαῆ es sin ninguna duda *difficilior* respecto a la anterior⁹. No veo especial dificultad en admitir el significado ‘conocedor de’ o ‘experto en la yedra’, en el sentido del que está iniciado en ese secreto y así lo puede a su vez dar a conocer. Respecto al entorno físico de la interpretación, no hay en principio argumentos concluyentes para decidir si tuvo lugar en la nueva ágora o en el teatro de Dioniso, pero encuentro preferible la segunda posibilidad, por razones de cronología y conceptuales. No me parece decisivo, para apoyar la primera, la mención de cantos corales en Jenofonte (*Hipp.* 3, 2), ya que su descripción no hace referencia en absoluto a un agón diti-rámico. Del mismo modo que la *pompé* dionisiaca armoniza en sus diferentes momentos la tradición más antigua con el nuevo desplazamiento del rito dionisíaco y del espectáculo a teatro de Dioniso, el presente diti-rambo complementa esa función y esa tendencia mediante los motivos seleccionados. Por último, el presente comentario es una ocasión perdida para poner de relieve la riqueza de recursos fónicos y estilísticos de este fragmento, muy particular en el nivel formal con respecto a los demás conservados. Pero sobre este aspecto me he manifestado con detalle en otro lugar, al que remito al lector¹⁰.

Las observaciones que acabo de efectuar corresponden en parte a discrepancias o críticas. Quiero subrayar que, en una medida mucho mayor, podría extenderme en abundantes elogios, que dejo en boca de todo aquel que se sirva de este útil instrumento filológico para conocer mejor la poesía pindárica¹¹.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE

⁷ Pindarus. *Threnorum fragmenta*, Roma, 1990, pp. 204-209.

⁸ En Píndaro μέν es mayoritariamente «merely an emphatic particle, and is not balanced by δέ or another particle», W. J. Slater, *A Lexicon to Pindar*, Berlín, 1969, p. 323, s.u.

⁹ Aceptada también por Auriol-Lebec en su edición de Dionisio de Halicarnaso.

¹⁰ «El nivel formal en el Fr. 75 de Píndaro: el sonido del Diti-rambo», *Miscellanea in onore di A. Colonna*, en prensa.

¹¹ Son escasas las erratas. Se ha deslizado alguna confusión de χ por κ: en p. 144, l. 19 léase κατάρχομαι; en p. 146, l. 24 léase τροχίσκος. La cita de p. 198 no es Plut. *Thes.* 31, sino 30.

APPIAN, *Wars of the Romans in Iberia*, with an Introduction, Translation and Commentary by J.S. RICHARDSON. Warminster, Aris and Phillips Ltd, 2000. 184 pp.

Con este título ha publicado J. S. Richardson, autor de un conocido libro *The Romans in Spain*, una nueva edición, provista de traducción inglesa y amplio comentario, de la *Iberiké* de Appiano. Libro bastante desatendido, aunque hay dos nuevas ediciones (de Leidl y Goukowski, 1996 y 1997 respectivamente) tras la de Viereck y Ross (Teubner 1939), con la que me estrené precisamente yo como reseñista en esta revista (*Emerita* 11, 1940, p. 238).

Con este libro tenemos un cómodo instrumento de trabajo para Appiano y para la conquista romana de España en general. El texto (sobre el Vat. gr. 141 en primer término, como las demás) y la traducción (solo había una en inglés, la de Horacio White) son nuevos. Quiero apuntar que en España contamos con la traducción de A. Sancho Royo en su volumen *Apiano. Historia Romana I, Biblioteca Clásica Gredos* 34, Madrid 1980.

Una pequeña Introducción trata de valorizar a Appiano, bastante poco apreciado entre los historiadores; sin negar sus fallos geográficos (poner a Sagunto al N. del Ebro es el más grave) y cronológicos, señala que muchos de sus datos son irremplazables y, sobre todo, que juzga los hechos, con frecuencia, de manera inteligente. También son notables sus juicios políticos: idealización de Escipión, crítica a otros generales. Hay que entenderlos desde la época imperial contemporánea de Appiano.

Lo más importante, sin embargo, es el comentario. A ratos es en exceso elemental, pero tiene la virtud de traer a colación, sobre cada pasaje, los datos antiguos paralelos, los de Livio y Polibio sobre todo, y opinar sobre ellos. Suplementa, a partir de estas fuentes, las lagunas informativas de nuestro autor. Y aporta bibliografía moderna, aunque con limitación. Yo echaría de menos, entre otra, mi artículo «La fides ibérica» en esta revista (*Emerita* 14, 1946, p. 128 ss: trata de la posición de los ilergetes) y el trabajo, tan olvidado como importante, de Ramos Loscertales sobre el origen de las guerras celtibéricas (*El primer ataque de Roma contra Celtiberia*, Salamanca 1941).

El libro va acompañado de mapas, una bibliografía y un índice de personajes, pueblos y lugares.

F.R. ADRADOS

PELLIZARI, ANDREA, *Commento storico al libro III dell'epistolario di Q. Aurelio Simmaco. Introduzione, commento storico, testo, traduzione, indici*, Pisa-Roma, Istituto Editoriale e Poligrafico Internazionale, 1998, 348 pp.

Presento aquí un libro cuya lectura he de reconocer que me ha sorprendido muy gratamente ya que supera con creces los objetivos que el título me había hecho esperar.

Se inicia con una bibliografía en la que, como la propia autora nos hace notar, reúne y abrevia las obras nombradas con más frecuencia, remitiendo para el resto, que supone un conjunto muy superior a lo que encontramos en este repertorio, al comentario.

En la Introducción (pp.21-57) nos presenta a los destinatarios de las cartas recogidas en

este tercer libro del epistolario, que abarca un período de más de veinte años (entre aproximadamente el 370 y 395), con una gran pluralidad de corresponsales. La selección de cartas supone, según palabras de la autora, un reflejo de la orientación política de Símaco en estos años.

La edición del texto latino, aunque no crítica, sí ofrece algunas variantes de lectura, o comentarios acerca de la aceptación de determinadas lecturas (p. 121, 194); se ofrece también la versión italiana y unos índices muy completos de *rerum memorabilium*, autores modernos y fuentes literarias, jurídicas y epigráficas.

La parte central y punto fuerte del volumen la constituye lo que su autora denomina “comentario histórico” que, no obstante el título restrictivo que se le da, va mucho más allá de lo que se podría entender que engloba este término. Efectivamente, en este comentario la autora desentraña escrupulosamente el contenido principal de cada epístola tratando siempre de situar e identificar históricamente a los corresponsales a quienes se dirigen las diferentes cartas o bien a aquellos personajes que aparecen nombrados en las mismas. De la misma forma se comentan con detenimiento sucesos o acontecimientos descritos o referidos en la narración. Pero, además, junto a este comentario estrictamente histórico, analiza la temática, muy variada, que se aborda en cada caso y, a través de la misma, va trazando las características del estilo epistolar que se basa en una información al ausente, de diferentes temas cotidianos o culturales, en lenguaje sencillo pero cuidado que introduce, junto a múltiples arcaísmos, neologismos y construcciones sintácticas especiales que la autora identifica y explica proporcionándonos un excelente comentario lingüístico y estilístico a través del cual se va trazando el entramado de características que constituyen la lengua de Símaco así como su relación con el entorno y la época en que vive, el siglo IV, que se presenta especialmente fructífero en aportaciones literarias. De igual forma, se identifican las fuentes literarias utilizadas. Todo ello va acompañado de abundantes y oportunas referencias bibliográficas que se intercalan dentro del texto de forma que sólo la Introducción contiene notas aclaratorias.

Un inconveniente menor, no disminuye en nada el interés y calidad del trabajo, lo constituye, en mi opinión, la estructura del libro. Creo que hubiera sido mucho más útil y claro colocar el texto latino a continuación de la introducción, con la traducción italiana enfrentada y, detrás, el comentario a las diferentes cartas.

En conjunto creo que hay que dar la bienvenida a este volumen supone una importante incursión en el epistolario de Símaco que nos permite no sólo profundizar en el conocimiento de este autor, sino también, a través de él, trazar un panorama del siglo cuarto y de las peculiaridades históricas, culturales y lingüísticas de este momento de la latinidad.

MATILDE CONDE

Gli Scolii Veronesi a Virgilio. Introduzione, edizione critica e indici a cura di Claudio Baschera, Verona, Mazziana, 1999, 159 pp.

Nos ofrece Baschera, aunque él tiene reservas para llamarle así, una nueva edición de los escolios tardo antiguos a las obras de Virgilio conservados en la *scriptio inferior* de cincuenta folios de un códice palimpsesto, el manuscrito de la Biblioteca Capitular de Verona XL (38),

cuya *scriptio superior* contiene los *Moralia in Iob* de Gregorio Magno. Son restos, como indica Baschera, de un códice antiguo escrito en capitales hacia finales del siglo V, tal vez entre los años 476-490, cuyo descubrimiento se debe a Angelo Mai. Una vez más debemos a este cardenal, descubridor de las partes que conservamos del *De republica* ciceroniano, la conservación, aunque con reservas, como veremos más adelante, de un nuevo códice, así como la *editio princeps* de éste en 1818.

El nuevo editor italiano pasa revista a las distintas colaciones y ediciones realizadas en los siglos XIX y XX, desde la *princeps* de Mai hasta la última de Hermann Hagen incluida en el volumen III 2 de la edición de Servio realizada por Thilo-Hagen y en la que se recogen los escolios a Virgilio de autoría no serviana.

Hace también Baschera una descripción muy completa del códice, estudiando sus características paleográficas y codicológicas.

Tras indicar que la utilización de productos químicos para lograr una mejor lectura ya desde Mai (de ahí mis reservas a la conservación del códice por parte de éste), han destruido partes del manuscrito, por lo que determinadas zonas de éste no ofrecen posibilidad de lectura ni siquiera con las técnicas modernas, el nuevo editor señala para su edición dos niveles: uno actual de las partes cuya lectura aún es posible y otro basado en las lecturas de los editores anteriores, muchas veces corruptas. Distingue con cursiva y redonda, respectivamente, lo ilegible y lo legible, lo que es de gran utilidad.

La intervención de los escoliastas no es para Baschera muy posterior a la copia del texto y afirma que para su labor dispusieron de la misma fuente que Servio Danielino, lo que no deja de tener interés.

Claudio Baschera ha examinado personalmente todo el manuscrito, consiguiendo en las partes aún legibles lecturas inéditas.

Para indicar la distribución de los escolios en el códice, utiliza las letras **a** (escolios en el margen superior), **b** (escolios en el margen inferior), **c** (escolios en los márgenes laterales) y **c** (escolios en la interlínea).

El aparato de esta nueva edición ofrecida por Baschera, básicamente positivo, recoge, además de sus propuestas innovadoras, o de sus intervenciones personales sobre el texto basadas en el sentido de éste o en la comparación con otros exégetas de Virgilio, las conjeturas de los editores precedentes.

La edición propiamente dicha está precedida de un índice de Ediciones y *subsidia*. Va seguida, además, otros cuatro índices. El primero de ellos contiene las lecturas inéditas, fruto de la colación realizada por Claudio Baschera, que el nuevo editor considera que tienen relieve textual, veinticuatro en total. El segundo incluye lugares críticos selectos, en los que Baschera estima haber hecho una crítica más consistente del texto; las incluidas en el índice son treinta en total. Todo lo contenido en estos dos índices estaba ya incluido en la parte correspondiente del aparato crítico, por lo que su función es la de destacar de forma más llamativa la labor del editor. Presenta en el tercer índice las correspondencias y no correspondencias (elimina las repeticiones numéricas de Hagen) de su edición con la de Thilo-Hagen y el último y cuarto índice es el de nombres y cosas notables tanto latinos como griegos. La obra se completa con una bibliografía.

Un ejemplo muy claro de las novedades de Baschera y de los criterios con que confecciona el aparato, es el del destacado por él en el segundo de sus índices y que repite lo indicado en el aparato crítico, (21) 17, de la página 95:

Ostroque superbi: (A. 12, 126)

17 ostroque superbi *correx*i (= Verg. A. 12, 126) *probante palaeographia sensuque explanationis*: ultroque superbi V, *testib. MKH, quod Verg. non habet*: Tiburque superbum *corr. edd. coll. Verg. A. 7, 630*.

Como indica la cursiva, *Ost-* es ilegible; la lectura de V la documentan Mai, Keil y Herrmann y los editores conjeturan a partir de A. 7, 630. El criterio de Baschera, que tiene en cuenta para su texto A. 12,126 y no A. 7, 630, como hacían los editores anteriores, me parece correcto.

También mejoran la edición nuevas lecturas de nuestro editor italiano, que, como por ejemplo, en Buc. III 29 lee *VITULAM mo[re huius] operis auditur*, corrigiendo la de los editores anteriores, *auditor*.

Tras años de investigación, Claudio Baschera nos presenta una nueva edición, que sin duda mejora la tradicional de Hermann Hagen (1902), ya que éste se limitó a colacionar las ediciones precedentes y la publicación de su edición, póstuma, estuvo a cargo de personas encargadas de ella por el editor.

DULCE ESTEFANÍA

CAÑAS REÍLLO, JOSÉ MANUEL: *Glosas marginales de Vetus Latina en Biblias vulgatas españolas: 1-2 Macabeos*. Madrid, CSIC, Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» 65, 2000. 328 pp.

Esta edición de las glosas marginales de *vetus Latina* correspondientes a los dos primeros libros de *Macabeos* constituye el tercer volumen de la edición de dichas glosas publicadas en la colección TECC; los dos volúmenes anteriores contienen las de los libros de *Samuel* y de *Reyes*, a cargo de C. Morano y A. Moreno respectivamente.

En la Introducción (pp. 13-22), se pone de manifiesto la importancia de las glosas y su historia, las bases metodológicas de la edición y los objetivos que se han logrado.

Tres capítulos preceden a la edición crítica: el primero, dedicado a esclarecer la historia del texto de dichos libros, presenta un amplio estado de la cuestión antes y después de D. De Bruyne y B. Sodar (primera mitad del siglo XX), de cuyos trabajos aún depende la investigación actual. El autor se aproxima con suma precisión a los problemas textuales para dar paso a un segundo capítulo sobre los manuscritos. Del grupo de manuscritos de la *Vulgata* con glosas de *Vetus Latina* sólo dos las presentan en *1-2 Macabeos*: el 94 y el 95. Se describen sus rasgos codicológicos y de grafía, se identifican las siglas que preceden a las glosas y se estudian las distintas clasificaciones que se han propuesto para ese grupo de manuscritos en éstos y en otros libros bíblicos. J.M. Cañas analiza además los rasgos coincidentes y divergentes de los dos manuscritos y concluye que ambos se remontan a un arquetipo con un amplio corpus de glosas de *Vetus Latina*; en concreto, el 94 depende directamente de la Biblia de Valvanera y el 95 presenta una línea de transmisión independiente.

El capítulo III está dedicado a las ediciones que han tenido en cuenta o han incorporado estos testimonios. El tratamiento que De Bruyne y Sodar dieron a las glosas inició un proceso de valoración que ha ido en aumento y en la Introducción del volumen XVIII de la *Vulgata Romana* se ha publicado su transcripción. J.M. Cañas la modifica ofreciendo algunas lecturas nuevas; pues las colaciones hechas sobre los manuscritos originales le han permitido clarificar las dudosas e identificarlas íntegramente. A continuación se exponen los objetivos, el procedimiento y las características de la edición, que constituye el capítulo IV de este volumen.

Además del texto, la edición presenta tres aparatos «destinados a proporcionar una visión global del lugar que ocupan las glosas marginales de VL de 1-2 Mac en el conjunto de la tradición textual latina de estos libros» (p. 87): el primero es el aparato crítico de variantes manuscritas; los otros dos son textuales: en uno – el más extenso – se recogen los testimonios de los distintos grupos de texto, tanto de *Vetus Latina* como de *Vulgata*, y en el otro las citas patristicas. En ambos aparatos textuales se incluyen entre corchetes las variantes del texto base.

Los capítulos posteriores contienen un estudio muy completo del texto de la edición: en el capítulo V, «El texto de las glosas en el marco textual de 1-2 Macabeos» (pp. 139-226), se estudian en el contexto de la crítica textual bíblica; y en el VI: «La lengua de las glosas» (pp. 227-254) se analiza la lengua peculiar de las glosas en sus aspectos morfológico, sintáctico, léxico, fonético, etc.; con clara influencia griega, el latín no se desvía de las normas clásicas, pero presenta las formas vulgares de la época postclásica. En el capítulo VII: «Conclusiones generales sobre las glosas» (pp. 255-260) se recogen brevemente las correspondientes a la historia de la transmisión, la historia del texto y la historia de la lengua. Un último capítulo, «Índice de correspondencias léxico-sintácticas latino-griegas» (pp. 261-276), ofrece un léxico bilingüe de gran utilidad. Completan este volumen una amplia bibliografía (pp. 277-296), agrupada por temas, y unos índices (de autores modernos, de obras y autores antiguos y de manuscritos) y abreviaturas.

Esta obra está situada en la primera línea de la investigación sobre la Biblia latina. Es notable la profundidad con que el autor ha realizado el trabajo, cómo ha expuesto los problemas de este texto latino de traducción, especialmente los derivados de la compleja historia de la transmisión del texto bíblico. Con esta obra se continúa la línea de investigación iniciada en el CSIC por Teófilo Ayuso Marazuela y se ofrece a la comunidad científica – filólogos de la Biblia latina y griega – un buen instrumento de trabajo, ya que el testimonio de las glosas de *Vetus Latina*, aunque fragmentario, es muy significativo en la historia del texto bíblico. Conviene asimismo resaltar que la lengua de estas glosas ofrece peculiaridades de interés también para los latinistas.

M^a VICTORIA SPOTTORNO

CUTINO, MICHELE, *Licentii Carmen ad Augustinum. Introduzione, testo, traduzione e commento*, Centro di Studi sull'antico cristianesimo, Catania, Università, 2000. 227 pp.

Se trata de una monografía dedicada al estudio de una carta en verso que Licencio envió a su maestro, Agustín, muy probablemente a comienzos del año 395, y que, en su transmisión, estuvo muy unido a la correspondencia del propio Agustín.

El autor divide la introducción en cuatro apartados el primero de los cuales reúne los datos sobre Licencio que ha podido reunir a partir de los diálogos de su maestro, Agustín, tanto de tipo biográfico como ideológico y literario; el segundo se detiene en analizar el significado de este *Carmen ad Augustinum*, cuya importancia hasta ahora se había cifrado sólo en la ayuda que supone para la reconstrucción del proyecto enciclopédico de Agustín, que algunos de sus estudiosos hacen derivar del de Varrón, personaje nombrado precisamente en el *Carmen* de Licencio (v. 1 *arcanum Varronis iter*), sin embargo se comprueba que también tiene importancia por sí mismo y que se han cometido numerosos errores de interpretación, puesto que un análisis más detenido demuestra reminiscencias platónicas de clara extracción ciceroniana y ninguna varroniana. La mención del personaje tiene un valor puramente simbólico. Después de nueve años alejado de Agustín, en este poema Licencio reclama el reinicio de sus relaciones de amistad, pues se confiesa incapaz de llegar a la *pulchritudo rerum* a través de la *eruditio* sin la ayuda del maestro para recorrer el camino de la búsqueda. En el capítulo tercero justifica Cutino su decisión de situar históricamente el poema a principios del 395 fundamentalmente en su relación con la obra de Claudiano y la de Paulino de Nola. En el cuarto capítulo de esta introducción examina aspectos formales: poética, estilo y métrica, dedicando el quinto y último a la historia del texto, que corre bastante paralela a la de las *Epistulae* de Agustín, tradición manuscrita y ediciones para terminar avanzando el *stemma codicum*, no sin antes anunciar que esta nueva edición es, sobre todo, el resultado de una depuración de las numerosas variaciones a que han sometido el texto los editores anteriores.

El texto de la composición, un total de 154 hexámetros, con el aparato crítico a pie de página, ocupa exactamente seis páginas a las que siguen cuatro de traducción al italiano. Aunque sean pocas las páginas que haya que manejar para confrontar una y otra ¿no hubiese sido más útil presentar ambos textos enfrentados?.

A continuación, en páginas sucesivas, nos encontramos con un prolijo (pp. 107-192), detallado (casi verso a verso) y documentado comentario que atañe a cuestiones muy variadas sobre fuentes, doctrinas, morfosintaxis, métrica y estilística, pero sobre todo, de léxico, semántica y fijación del texto.

Completan el estudio otros apartados no menos valiosos como son: un apéndice, que está en relación con el apartado cuarto de la introducción, en el que trata sobre la presencia de Licencio en Claudiano y viceversa, bibliografía, *index verborum* (no lematizado), índice de citas clásicas e índice de estudiosos modernos nombrados a lo largo del trabajo.

Pocas pegas, salvo las ya aludidas de carácter formal, se pueden poner a un trabajo filológico tan riguroso que sin duda aportará luz para el esclarecimiento de la problemática de un momento tan crucial como es el siglo IV d.C.

MATILDE CONDE SALAZAR

Marco Tulio Cicerón. Las paradojas de los estoicos, introducción, edición, traducción y notas de Julio Pimentel Álvarez, México, UNAM, 2000, 29 + CXCI pp.

El volumen contiene una de las ya habituales ediciones de obras de autores latinos que se elaboran en la Universidad Autónoma de México con fines, sobre todo, didácticos para acer-

car al lector al texto original. En este caso, el profesor Pimentel, ya veterano en editar y traducir textos filosóficos de Cicerón (*Disputas Tusculanas* [1979], *De la República* [1984], *De la Adivinación* [1988], *Catón el Mayor: de la vejez; Lelio: de la amistad* [1997]), aborda un nuevo tratado filosófico de este autor, *Paradoxa Stoicorum*, y, como es habitual, basa su edición no en la consulta directa de los manuscritos, sino en las que considera excelentes ediciones del texto, en este caso las de Renato Baladi (1968) y Jean Molager (1971), a través de las cuales conoce las principales variantes de otras anteriores.

La edición va precedida de una introducción en la que plantea el problema de la fecha de composición de la obra (entre marzo y abril del año 46 a.C.); traza, también, el perfil del destinatario, Marco Junio Bruto, sobrino y yerno de Catón de Útica, entusiasta filósofo y conocido por su participación en la conjuración contra César; dedica el tercer apartado de esta introducción a resaltar las influencias socráticas del tratado para lo que realiza el paralelismo entre cada paradoja y el pensamiento de Sócrates al respecto recogido en diversos autores (Jenofonte, Aristóteles, Platón, Diógenes Laercio o el propio Cicerón); a continuación esboza las razones últimas que llevaron a Cicerón a la composición de esta obra y finaliza la introducción con un bosquejo de su edición.

Edición y traducción se presentan enfrentadas, cada una con sus propias notas, las de la edición, además de apuntar las variantes de los diferentes manuscritos, añaden precisiones morfológicas, sintácticas o léxicas con clara intención escolar, las de la traducción incluyen diferentes aclaraciones que ilustran y hacen más comprensible el texto.

Completan el volumen un índice de siglas, otro de abreviaturas, una completa bibliografía en la que incluye las fuentes, y un utilísimo índice de todas palabras latinas de los *Paradoxa*.

Hay que agradecer el esfuerzo de esta colección en general y del profesor Pimentel en particular por aproximar estos textos a un círculo más amplio de lectores, especialmente a los que tienen menos conocimiento de la lengua latina.

MATILDE CONDE SALAZAR

Historia y leyes de los hititas. Textos del Imperio Antiguo. El Código, edición de Alberto Bernabé y Juan Antonio Álvarez-Pedrosa. Madrid, Akal Oriente, 2000. 255 pp.

La traducción de documentos hititas publicada en español se limitaba hasta este momento a la versión de los textos literarios realizada por el propio profesor Bernabé en el año 1978. Con la aparición de este nuevo libro los lectores e investigadores hispanohablantes pueden acercarse por primera vez en español a algunos de los documentos hititas más significativos: los historiográficos y los jurídicos. De hecho la clasificación temática de Laroche demuestra que son los primeros los textos más numerosos que se nos han conservado en los archivos hititas.

Esta edición tiene, por lo tanto, una importancia doble. Además de ser la primera versión de esos textos en nuestra lengua, es la primera edición mundial de todo el conjunto de los textos históricos y legales hititas. Todas las traducciones anteriores a alguna lengua moderna tenían carácter antológico. En cambio, el volumen que aparece ahora es el primero de los dos

previstos en los que se traducirán todos los textos históricos y legales cuyo contenido puede ser leído y, por lo tanto, constituir una fuente para el conocimiento histórico de la época. Este primer volumen recoge todos los textos del Imperio Antiguo y los textos legales. Además se incluyen fragmentos en otras lenguas del entorno que son valiosos para la correcta comprensión de los documentos hititas, y algunos textos que, sin pertenecer al género historiográfico, aportan datos para el estudio histórico. Para el siguiente volumen los autores nos anuncian el resto de los textos históricos y dos apéndices: uno con las listas reales y otros con los textos relativos a los Aḫḫiyawa. La ordenación de los textos es cronológica en el apartado de los históricos. El capítulo de “Los orígenes” incluye *La proclamación de Anitta*; en el capítulo de “La época de Ḫattušili I”, se agrupan las *Hazañas de dicho rey*, *El asedio de Uršu*, y *El testamento de Ḫattušili I*; el capítulo tercero abarca tres textos legendarios de base histórica: *El tesoro mítico*, *La toma de Zalpa* y *Los antropófagos*; en el capítulo de “La época de Muršili” están recogidos los fragmentos de una crónica sobre Muršili y Ḫantili, un edicto del rey, las instrucciones dadas a los dignatarios acerca de los necesitados, y *La crónica de Palacio*; y cierra este apartado uno de los textos más relevantes del conjunto, el *Edicto de Telipinu*, al que se le dedica el capítulo quinto. El apartado de textos legales se divide en el capítulo dedicado al *Código Hitita* y otro capítulo que engloba el *Edicto de Tudḫaliya*, un conjunto de instrucciones dadas a los comandantes de puestos fronterizos y el acta del proceso contra GAL^{DU}.

La traducción de los textos viene acompañada de dos tipos de introducciones: una general a toda la obra y una particular a cada capítulo. La introducción general proporciona una completa visión del marco temporal y espacial en el que se encuadran los documentos editados y que es imprescindible para cualquier lector no especialista. En ella los editores nos ofrecen una visión panorámica de todas las claves de la civilización hitita necesarias para entender el contenido de la obra traducida: geográficas, cronológicas, socioeconómicas, artísticas, religiosas, etc.. En este sentido las claves literarias son especialmente interesantes para evitar la extrañeza que provoca la primera lectura de unos textos tan separados de nosotros por el tiempo y por la concepción historiográfica.

Las introducciones particulares a cada documento se hacen necesarias incluso para los especialistas. Los editores recomponen, desde una precisa labor filológica, el relato de la historia de acuerdo con los cánones actuales. Mediante un detallado y sencillo sistema de citas, insertan en su relato la referencia al texto hitita que alude a cada dato. De esta manera el comentario de texto del filólogo se convierte en instrumento de trabajo de historiadores. En el caso de los textos legales, es especialmente valioso el análisis de la estructura textual del código. Sin duda este estudio del texto evita conclusiones precipitadas para cualquier historiador del derecho que no esté familiarizado con los recursos literarios de los textos del Antiguo Oriente Próximo. Se puede decir que los editores han preparado minuciosamente el camino para que los textos que traducen puedan ser empleados como fuente de investigación desde cualquier perspectiva. Así se entiende la escasez de reflexiones historiográficas o jurídicas que sin duda podrían haberse incluido al hilo del comentario: estas reflexiones corresponden a los especialistas de cada campo y no al editor.

En cuanto a la traducción es necesario mencionar el esfuerzo realizado para que en ningún momento la lengua de salida resulte forzada, a la vez que se respeta cuidadosamente el texto

original. Un ejemplo de esta fidelidad es la decisión de traducir las apódosis de las leyes del Código con indicativos, igual que las prótasis correspondientes. El traductor ha mantenido en español la misma forma verbal para traducir lo que en hitita es también una misma forma verbal, rechazando así la tendencia de los traductores de otras lenguas a emplear en dicha construcción una expresión modal de la que carece el texto hitita. Puede argumentarse a favor de la decisión adoptada en esta edición que el hitita podía haber indicado por medio de partículas o de imperativos ese valor modal que traductores como Hoffner atribuyen a la versión original. De esta manera el lector de la traducción española puede entender el debate que la interpretación jurídica de estos textos ha suscitado entre los especialistas en derecho de la Antigüedad.

Pero debo señalar también algunos de los problemas que presenta la edición y que no desmerecen en absoluto la importancia que he destacado antes. Desde el punto de vista formal apenas se encuentran errores, pero es relevante la desaparición de la nota 24 en la p. 140. Es llamativa también la errata que sitúa la toma de Babilonia por Alejandro Magno en el año 261 a.C., sobre todo porque en el contexto se ofrece como fecha fidedigna a partir de la cual establecer la cronología relativa de la época. En otro orden de cosas, la desproporción que se observa entre el uso de notas en cada uno de los dos apartados confieren a la obra un cierto desequilibrio evitable.

La edición se completa con una lista de abreviaturas (pp. 7-8) y una extensa y actualizadísima bibliografía en la que se recogen todo tipo de estudios relacionados con los materiales aquí editados, las ediciones de los textos originales y otras traducciones a lenguas modernas (pp. 221-55). La actualidad de la obra se confirma en la introducción y la bibliografía con referencias a la información disponible en Internet.

En definitiva podemos afirmar que la mera aparición de una traducción como ésta denota la importancia de la contribución que el libro supone para la hititología española. El número de traducciones de un texto a una determinada lengua moderna no sólo dice mucho acerca del interés que sus hablantes puedan tener por el texto, sino también del nivel que ha alcanzado la investigación sobre la cultura en cuestión en dicha lengua.

JUAN JOSÉ CARRACEDO

II. LINGÜÍSTICA

JACQUINOD, BERNARD (ed.), *Études sur l'aspect verbal chez Platon*. Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2000. 381 pp.

Desde 1992 viene reuniéndose en París un grupo de trabajo sobre el aspecto griego, formado por lingüistas de diversos países europeos. El coordinador del grupo ha sido desde el principio el Prof. Jean Lallot, de la École Normale Supérieure, en colaboración con otros conocidos helenistas, como los profesores Chanut, Jacquinod, Mortier-Waldschmidt y Vassilaki. Este libro constituye el primer e importante resultado de los trabajos de este grupo.

El objetivo de sus discusiones e investigaciones ha consistido en analizar sin ideas preconcebidas lo que es sin duda el núcleo del problema de la categoría aspectual en griego antiguo, es decir, la contraposición entre el tema de presente y el de aoristo. Como punto de partida se eligió un corpus común y básico constituido por los diálogos considerados auténticos de Platón. Este corpus tiene la ventaja de ser limitado, pero amplio y, además, de estar formado por textos en prosa, para evitar las posibles interferencias debidas a un uso poético de la lengua. Adicionalmente, con el objeto de lograr una cierta unidad en los resultados, se optó por circunscribir el estudio a los usos impresivos de los verbos (órdenes, prohibiciones) y al infinitivo dinámico. Dentro de estos parámetros cada autor optó por estudiar los problemas que más le interesaran en el diálogo o diálogos de su elección, buscando siempre la complementariedad. La fase final del trabajo ha consistido en la puesta en común de los resultados individuales y el intento de obtener conclusiones de validez amplia sobre la base de evidencias inicialmente independientes.

El volumen contiene catorce trabajos de once autores, pues algunos ofrecen más de una aportación, precedidos de una amplia presentación, que sirve de introducción y, a la vez, de resumen de los resultados comunes del grupo. Esta difícil tarea ha corrido a cargo de L. Basset, J. Lallot y, sobre todo, de A. Culioli. Los trabajos se organizan en tres secciones. La primera, "Invitation à la parole", contiene los estudios que se ocupan del uso en presente o aoristo de aquellos verbos que describen las diversas formas de interrelación entre los participantes en el diálogo (ἀποκρίνεσθαι/ ἀποκρίνασθαι, λέγειν / εἰπεῖν, σκοπεῖν / σκέψαι). La segunda sección es "Paramètres corrélés à l'aspect", que recoge estudios sobre la correlación aspectual entre verbo regente e infinitivo regido; sobre la coordinación de formas verbales pertenecientes al mismo o a diferente tema aspectual; una interesante comparación entre los usos aspectuales del griego antiguo y el griego moderno basada en la *Apología* y sus traducciones al griego actual, y, en cuarto lugar, un estudio sistemático del rasgo de la "determinación" como factor condicionante en la elección de tema aspectual. Finalmente, la última sección se denomina "Paroles et pensées: études sémantiques" y se compone de cuatro trabajos de base fundamentalmente léxica y metodológicamente muy semejantes a los de la sección primera, que estudian los pares ἔχεις λέγειν / ἔχεις εἰπεῖν, καλεῖν – ὀνομάζειν – ὄνομα τιθέναι frente los correspondientes aoristos y, por último, ὁμολογεῖν / ὁμολογήσαι.

Como conclusiones más importantes de todo este conjunto se obtiene, en primer lugar, la confirmación que, tal y como propuso el Profesor Ruipérez en su conocido libro de 1954, repetidamente citado a lo largo de este volumen, y otros muchos lingüistas posteriormente, es posible identificar un valor general y básico tanto para el tema de presente, como para el tema de aoristo. Otros usos, descritos con anterioridad de forma casi autónoma, como el incoativo, el inceptivo, el iterativo, etc., pueden explicarse como realizaciones contextuales de esos valores básicos. La principal diferencia entre los resultados de este libro y el de otros estudios anteriores, es que el rasgo general de oposición propuesto por muchos de los autores y recogido como resultado común en la Presentación es el de "continuidad / discontinuidad", y no "duración / puntualidad" (Ruipe rez 1954), "imperfectivo / perfectivo" (Hettrich 1976, Rijksbaron 1994) o "información conocida / información nueva" (Sicking 1991), entre otras muchas propuestas que se han sucedido a lo largo de los años.

El segundo resultado importante es la identificación de un nuevo tipo de valor contextual del tema de presente, el llamado uso “protocolario”. Según los trabajos de Lallot, Mortier-Waldschmidt, Vassilaki, Wakker y Jacquiod, este uso es típico de contextos de diálogo y podría resumirse del modo siguiente: el tema de presente se utiliza para invitar al interlocutor a asumir un papel en el diálogo, bien haciendo las preguntas, bien respondiéndolas, bien adoptando alguna otra posición que se supone ha de mantener durante toda la discusión o una parte de ella. Este uso se derivaría directamente del valor general de continuidad del tema de presente, pues refleja una actitud mantenida y prolongada a lo largo de un tramo, al menos, de la conversación.

Junto a estos dos resultados principales, cada trabajo propone otros rasgos secundarios que pueden explicar tal o cual uso concreto de un verbo en un pasaje. Por otro lado, entre los estudios paralelos que también se recogen en este volumen, el trabajo de L. Basset demuestra estadísticamente que hay un alto grado de correlación entre el tema aspectual del verbo regente y el regido, por lo que, según propone el autor, a la hora de estudiar el aspecto griego, hay que contar con un factor de coherencia aspectual. J. Lallot, por su parte, por medio de la comparación de los textos antiguos y sus traducciones al griego moderno muestra que hay una proporción importante de coincidencias entre ambos sistemas lingüísticos, por lo que, con prudencia, puede recurrirse a la situación actual y a la conciencia lingüística de los hablantes modernos para analizar la categoría aspectual del griego antiguo. Por último, Lambert, también estadísticamente, comprueba que la coordinación entre formas verbales respeta de forma sistemática la coherencia aspectual de los elementos coordinados.

El volumen, tal y como se nos presenta, constituye una aportación importantísima para conocer mejor el funcionamiento del aspecto en griego antiguo por la riqueza de los datos que contiene y por la meticulosidad con que han sido analizados. Plantea, sin embargo, algunos problemas que no pueden dejar de ser mencionados. El más importante es, a mi juicio, el de una relativa falta de coherencia interna. En efecto, la enorme libertad dejada a cada investigador en el trabajo y el escrúpulo con que se han respetado los resultados individuales sin someterlos a un verdadero esfuerzo de unificación lleva a la existencia de contradicciones importantes. Así, aunque se propone el rasgo “continuidad / discontinuidad” como el fundamental en la oposición presente / aoristo, varios trabajos no encajan en ese esquema común. A. Rijksbaron, por ejemplo, al estudiar el par λέγε / εἰπέ, propone más bien “interrumpible / no interrumpible”, que casa mejor con sus propuestas anteriores que defendían como básica la oposición “imperfectivo / perfectivo”, rasgo, que por otra parte, es retomado literalmente por Mortier-Waldschmidt para explicar la oposición μανθάνειν / μαθεῖν. Por otro lado, un cierto número de trabajos concluyen que la oposición más importante es “general / concreto” (Lallot, Vassilaki, Wakker), que se refleja, por ejemplo, en el mayor empleo en usos absolutos del presente frente al aoristo o en las características semánticas del complemento; sin embargo, no queda explicado en parte alguna por qué se prefiere encuadrar esta dicotomía como una realización contextual de “continuidad / discontinuidad” y no, por ejemplo, de “imperfectivo / perfectivo”, que sería muy coherente también con aquel uso particular. De hecho, las nociones mismas de “(im)perfectividad” y “(dis)continuidad” no parecen tan alejadas entre sí como para que no se haya intentado alcanzar un acuerdo entre ellas y, en ese punto, la primera posee una tradición mayor en los estudios gramaticales que la segunda. No parece, por otro

lado, que “(im)perfectividad” pueda ser considerado un simple uso contextual de otro valor más general (Joubaud y otros, p. 105). Por otro lado, muchos de los ejemplos comentados en los diversos trabajos podrían ser interpretados en más de una forma; quizá una labor más detenida de coordinación habría podido llegar a un mayor grado de unificación de los análisis. Esto es particularmente claro en los casos en que se pretende explicar el uso del tema de presente como una forma de anáfora en el discurso, frente al aoristo, que sería la aportación de lo nuevo, en coincidencia con las propuestas pragmáticas de Sicking. Muchos de los datos así analizados permiten una explicación alternativa sobre la base de razones internas de la frase, como puede verse en los ejemplos comentados por Mortier-Waldschmidt (pp. 131 ss.), que admiten perfectamente una descripción en términos de “general / concreto”, “abierto / cerrado” o, si se prefiere, simplemente “imperfectivo / perfectivo”.

En el campo metodológico, no estoy convencido de que podamos obtener conclusiones sobre términos marcados y no marcados de la oposición aspectual sobre una base fundamentalmente estadística (L. Basset pp. 305 ss.); sin contar con el hecho de que este tipo de oposiciones, de fuerte tradición estructuralista, son hoy muy controvertidas a la hora de describir datos sintácticos. Con todo, en el terreno de la metodología, la principal limitación de todos los trabajos que utilizan más de un rasgo para explicar la oposición presente / aoristo (Oreal, segundo artículo de Wakker, etc., así como de la propuesta general redactada por Culioli al principio) es que no llegan a determinarse de forma precisa los contextos en que supuestamente actúa un rasgo u otro o en los que los valores generales adquieren usos diferenciados. ¿Es algo que quedaba a la libre elección del hablante? No lo parece. La renuncia a considerar los datos de la *Aktionsart* en los análisis constituye en este sentido una limitación de gran importancia. Igualmente, parece extraño que no se utilice en el análisis el llamado uso “ingresivo” del aoristo –el que admite una traducción como “comenzó a ...”–, lo que habría permitido, por ejemplo, a Jacquinod (pp. 317 ss.) unificar los dos supuestos valores semánticos de verbos como *καλεῖν* en el sentido de “nombrar” (tema de presente) y “poner nombre” (tema de aoristo). El segundo valor no es más que el resultado esperado de la combinación del tema de aoristo con verbos léxicamente no télicos (o no transformativos, si se prefiere).

Es sorprendente, por otro lado, la ausencia de referencias a algunos estudios anteriores, como el, a mi juicio, extraordinario libro de H. Hettrich sobre el aspecto en Heródoto (Gottinga, 1976) o el artículo de A. Rijksbaron sobre el valor discursivo del imperfecto (Ámsterdam, 1988), trabajos que habrían podido apoyar o reconsiderar las interpretaciones de algunos datos.

Son, en fin, muchos los detalles que pueden comentarse, pues son muchos los ejemplos aportados y abundante la discusión sobre cada uno de ellos. En bastantes sentidos éste es un trabajo “de datos” y no “teórico”. En ello reside su valor y también es la base de sus limitaciones. Sin embargo, los datos aportados serán durante mucho tiempo fuente de discusión para quienes estudian la lingüística griega, pues ha multiplicado nuestro elenco de pasajes en que hay contraposición directa entre tema de presente y aoristo. Se podrá disentir de la interpretación propuesta, pero es imposible no reconocer el inmenso trabajo realizado y la pulcritud y asepsia en su presentación, también en el aspecto tipográfico, absolutamente impecable. En suma, un libro literalmente imprescindible para quienes quieran seguir estudiando la categoría aspectual en griego antiguo.

JESÚS DE LA VILLA

LABIANO ILUNDÁIN, JUAN MIGUEL, *Estudio de las interjecciones en las comedias de Aristófanes*. Amsterdam-Nueva York, Hakkert, 2000. 411 pp.

Este estudio, tesis doctoral del autor, colma desde luego su objetivo de realizar un análisis amplio, concreto y riguroso de las interjecciones propias de la comedia aristofánica, yendo más allá del trabajo anterior y único de E. Schink sobre el tema; contribuye así al mejor conocimiento de la lengua coloquial aristofánica. Aunque el autor demuestra dominar el aspecto lingüístico de la cuestión, prefiere centrarse en el propiamente filológico y exhibe un buen método para el análisis estilístico. Cualquier conocedor del tema suscribiría su afirmación de que la lengua coloquial aristofánica es, al fin y al cabo, una lengua literaria, por lo que las interjecciones, como otros aspectos de ella, están bastante convencionalizadas, pese a su espontaneidad esencial. También acierta el autor al señalar la utilización de estos elementos con fines cómicos, con frecuencia en contextos paratrágicos, y al concluir que harían falta más estudios como el suyo sobre otros géneros y autores para llegar a una síntesis que permitiese comprender cabalmente el funcionamiento de las interjecciones griegas.

Tras una introducción general sobre el carácter, ámbito lingüístico y significado de las interjecciones, el autor ejemplifica sus funciones básicas con citas aristofánicas, anticipando así las pautas de clasificación usadas a lo largo del libro: la interjección como expresión de una emoción, un estado o una acción; como regulador de la conversación; como modificador de la conducta del interlocutor. En la exposición analiza sólo las interjecciones propias, en orden alfabético y distribuídas por epígrafes conceptuales genéricos, aunque en los útiles índices finales las agrupa también por sus afinidades funcionales.

Un estudio como éste sugiere enseguida la reflexión de que, por encima de todas las clasificaciones que puedan hacerse, la interjección es básicamente un desahogo, cuyo significado concreto está contaminado por el contexto y viene aclarado por éste; por eso son polivalentes casi todas; si el contexto es ambiguo, quedan dudas de interpretación; los significados que dan los diccionarios están sacados de los contextos correspondientes. El propio autor constata que pasar revista a las construcciones es más fácil que averiguar el significado concreto que, a veces, se superpone a otros; es decir, que hay usos neutros, o ambiguos, o mixtos, y a ellos se deben las discrepancias de interpretación de los comentaristas. También podría yo enumerar las más con el autor, pero prefiero centrarme en las coincidencias y, sobre todo, subrayar los aspectos más valiosos de su trabajo, p.ej., el seguir la historia de cada interjección en autores posteriores a Aristófanes. En mi opinión, el que algunas de ellas desaparezcan en la literatura postclásica y reaparezcan en la segunda sofística y en autores cristianos se debe a un prurito aticista y clasicista en general; probablemente ya no se usarían en la lengua hablada. Asimismo, en la recapitulación de conclusiones cabe destacar el estudio de la tipología de las interjecciones de dolor en contextos serios y en los paratrágicos (mayoría de estos últimos), con una interesante observación sobre el juego de la interacción lingüística en este campo; y también el análisis de la distribución de las interjecciones en los distintos géneros dramáticos, con un intento de caracterizar el ático coloquial culto de Aristófanes, Eurípides, Platón y Demóstenes mediante el uso de ciertas interjecciones como estimulantes conversacionales. Es de desear que el autor continúe por este camino, muy interesante sin duda.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

BÂRLEA, GHEORGHE, *Introducere în studiul latinei crestine. Manual pentru facultatile de teologie si filologie*, Bucarest, Editura “Grai si suflet - Cultura nationala”, Colectia “Dacoromania”, 2000 (editia a II-a), 223 pp.

En la ilustre tradición de latinistas como H. Mihaescu y su *La lengua latina en las provincias danubianas del Imperio Romano* o de romanistas como Marius Sala, llega a nuestras manos desde el otro extremo de la Romania la segunda edición del manual universitario de latín cristiano del profesor Gh. Bârlea, de la Universidad de Târgoviste, que es también autor del interesante estudio *Contraria Latina. Contraria Romanica*.

El libro se divide en diez capítulos distribuidos en tres partes. Realmente, como ya vemos desde el índice, el libro está estructurado en distintos apartados y subapartados, que a veces no aparecen en el índice —no sabemos si por iniciativa del editor o del autor— quizá por tener una apariencia demasiado prolija, cuando creemos que no se trata más que de una correcta organización, sin duda propicia para facilitar la consulta sistemática de este manual universitario.

La primera parte presenta la motivación del manual como instrumento que intenta suplir la falta de un tratado rumano de latín cristiano, imprescindible para las facultades de filología, historia, filosofía, teología y los seminarios, y su limitación consciente a una presentación general de los estudios sobre el latín cristiano. La primera parte se dedica a los problemas del latín cristiano como “lenguaje especial” y sus relaciones con el latín común. La segunda parte aporta la historia de los estudios sobre el latín cristiano y sus *instrumenta* filológicos. La tercera presenta la periodización del latín cristiano, su caracterización gramatical, léxica y estilística. La bibliografía final pretende presentar los instrumentos clásicos, así como los modernos y más accesibles. Los fenómenos y ejemplos son del período “clásico” del latín cristiano, esto es, de los siglos III a VI d. C. Aunque sigue los postulados “recapitulatorios” de la llamada “Escuela de Málaga” de Olegario García de la Fuente, por su finalidad utilitaria no separa los conceptos de *latín bíblico* y *latín cristiano*.

El apartado segundo de la primera parte define el latín cristiano como lenguaje especial de los cristianos del imperio romano “bajo la influencia de la ideología y práctica cristianas”, de los siglos I a IX, en contraste con el lenguaje común o *standard*, y rechazando la definición de “lenguaje funcional”.

La segunda parte se divide en dos capítulos: el primero se ocupa de las fuentes de nuestro conocimiento del latín cristiano: documentos “originales” (inscripciones, traducciones del griego, actas), escritos doctrinales (Biblia, literatura patristica) y literatura gramatical, lexicográfica y glosográfica.

El segundo presenta el estado de la cuestión; partiendo del punto de vista que supera el criterio de un latín “de una época decadente”, agrupa los enfoques de los estudiosos en escuelas: precursores, Nimega (E. Löfstedt como precursor, J. Schrijnen, C. Mohrmann, otros filólogos suecos), franceses (A. Blaise), Washington, italianos, Málaga (o “escuela española”, con O. García de la Fuente), contribuciones rumanas y otras. No obstante, en esta clasificación debemos poner un “pero”: la identificación de la escuela de Málaga con una escuela española general enmascara la existencia de otros centros de estudio del latín cristiano. Sin ir más lejos, el Instituto de Filología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de

Madrid, en cuyo seno han visto la luz importantes contribuciones al estudio y edición de la *Vetus Latina Hispana*, como las de T. Ayuso (1953, 1962, 1967), C. Morano (1989), A. Moreno (1992), J. M. Cañas (2000), que forman parte de una *Biblia Poliglota Matritense*.

La tercera parte explica el lugar del latín cristiano en la evolución del latín, en comparación con el latín clásico y con el latín vulgar, en el contexto de la latinidad tardía; las tres etapas de la formación del latín cristiano, de la bilingüe greco-latina, pasando por la oral a la literaria; los niveles y variantes del latín cristiano (latín bíblico, litúrgico, eclesiástico).

El cuarto capítulo de la segunda parte, el más extenso del libro (más de 70 páginas), nos presenta los rasgos característicos del latín cristiano, divididos en morfosintaxis, léxico y estilo. Dichos rasgos se clasifican detalladamente (arcaísmos, barbarismos, innovaciones, populanismos), de manera clara e ilustrada con muchos ejemplos, y con la ayuda de una buena disposición tipográfica.

El breve capítulo de conclusiones resume eficazmente las tesis del presente manual de latín cristiano como variante especial del latín, con diferencias no muy grandes respecto a las otras variantes (Antoine Meillet *dixit*), sobre todo en morfología (preferencia por ciertas formas y construcciones arcaicas, populares, regionales, tardías); en vocabulario por el uso frecuente de palabras antiguas y populares, préstamos y calcos semíticos y griegos, neologismos, o con nuevo sentido; en el estilo se destaca el desarrollo del lenguaje figurado y el vigor de las expresiones afectivas. Como lengua natural, representa una unidad en la diversidad, cuya serie de manifestaciones enumera el autor, siguiendo a Albert Blaise; no obstante la constancia efectiva de sus características puede deberse a la prudencia verbal impuesta por el contenido y por el rigor del dogma. Para Bárlea, el hecho lingüístico fue decisivo en el desarrollo de las nuevas creencias. Y termina: “En la práctica, el latín cristiano aseguró el soporte de la construcción de un mundo nuevo, conservando al mismo tiempo las raíces de las antiguas comunidades humanas, lo que significó, de hecho, el nacimiento de la civilización moderna” (p. 196).

El capítulo final es una extensa bibliografía de casi treinta páginas, muy bien organizada, entre la que encontramos los nombres de nuestros Manuel Díaz y Díaz, Joan Bastardas, Juan Manuel Lorenzo, y profusamente el de Olegario García de la Fuente, además de los clásicos del latinismo, sobre todo cristiano, como Christina Mohrmann, Dan Norberg, Einar Löfstedt, Alfred Ernout, Antoine Meillet, M. M. Müller, Georg Rohlfs, Veikko Väänänen, Karl Voßler, Albert Blaise. Pero sin duda la mayor aportación que podemos recibir de esta rica bibliografía está en las copiosas referencias a la latinidad rumano-danubiano-balcanica. (Por cierto, no exenta de pequeñas erratas, como V. Väänänen, H.-J. Marrou, E. R. Curtis por V. Väänänen, H.-I. Marrou, E. R. Curtius).

En suma, el manual universitario de Gheorghe Bárlea, representa un estudio de síntesis muy completo sobre el latín cristiano, claro y conciso —a veces quizá demasiado, en principio por el *pie forzado* del didactismo que le impone su carácter de manual introductorio para estudiantes universitarios—, muy bien estructurado y ordenado y de amena lectura, pulcramente editado, incluso para una edición en rústica. Y desde su posición exocéntrica y por su conocimiento de la bibliografía europea occidental el autor dispone de una perspectiva muy completa, lo que le permite dar una visión más rica de la latinidad.

F. J. JUEZ GÁLVEZ
Universidad Complutense

Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997), Benjamín García Hernández (ed.), Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, 237 págs.

Recientemente la colección *Bibliotheca Linguae Latinae*, que dirige Benjamín García Hernández, ha presentado su segundo número, homenaje al fallecido profesor Veikko Ilmari Väänänen. Se trata de la recopilación de una serie de trabajos sobre latín vulgar y tardío, ámbitos en los que él era especialista, editada y prologada por el propio García Hernández. El volumen, que, como suele ocurrir en este tipo de misceláneas, nos ofrece el listado con las publicaciones del homenajeado, recoge aportaciones que abarcan los campos de la fonética, la morfología, la lexicología, la sintaxis y la semántica.

Sobre fonética versan dos trabajos. El de Gallardo Mediavilla aborda la interpretación fonética de la confusión entre la *b* y la *v* a partir de las inscripciones de la Romania (las cuales ponen de manifiesto la confusión entre estas dos letras, y a veces *f*, en cualquier posición), los comentarios de los gramáticos (que parecen apuntar a una pronunciación bilabial de *v* mejor que labiodental) y lo que los estudiosos modernos (Lindsay, Meyer-Lübke, Stolz, Parodi, Baehrens, Carnoy, Pirson, Weinrich, Parodi, Herman, Alarcos, Lloyd, Malkiel) han dicho al respecto. Las conclusiones de este trabajo son que seguramente la *b* es más frecuente que la *v* porque la primera se asocia más a la consonante y la segunda a la vocal, que tanto *b* como *v* se articularían como fricativas bilabiales en interior de palabra y en la cadena hablada y como oclusivas tras pausa o consonante (distinción que los hablantes no percibirían). En español, heredero conservador del latín vulgar, la *b* y la *v* habrían confluído en un fonema que iría de una articulación bilabial oclusiva a fricativa, es decir, se mantendría la etapa de “variación” sin llegar a la fonologización persistiendo la articulación bilabial de *b*, *v* (y *f*). El resto de lenguas romances contrarió esta tendencia natural en la evolución y restituyó la pronunciación oclusiva de *b* inicial en toda posición y fricativa de *v* (que sería posterior al siglo V y no triunfaría en toda la Romania). Al percibirse dos fonemas distintos, un refuerzo de la fricación que transformaría la bilabial en labiodental aumentaría la distinción articulatoria de ambos.

En el otro trabajo sobre fonética López Pantoja estudia la evolución *-m- > -mb-* sufrida por algunos préstamos léxicos que el euskera ha tomado del latín vulgar o de romances vecinos. Según el autor, cuando se trata de préstamos antiguos, hay que explicarla por una geminación espontánea o expresiva (*-mm-*) en palabras de carácter vulgar o familiar (cf. *cammara* en lugar de *camera*) y una pronunciación reforzada ocasional como *-mb-* (cf. *cambarus* en lugar de *camarus*); mientras que cuando se trata de préstamos tardíos como *lonbardi*, *lanbo*, etc., se explicará por una ultracorrección debida a la influencia romance.

La morfología es abordada por J. Elvira González, quien tras pasar revista a las distintas teorías sobre la hipotética declinación bicasual en el latín tardío de Hispania postula, ayudándose de los datos epigráficos, que las desinencias de caso no se influyeron mientras subsistieron las oposiciones gramaticales: el nominativo no ocupó el lugar de otros casos, el dativo y el genitivo quedaron al margen de toda confusión y la flexión se reordenó en dos casos -uno recto, heredero del nominativo, y otro oblicuo, cuyo origen difiere en función del número-. Las formas del acusativo y el ablativo singular quedaron indistinguibles en *-a*, *-o* y *-e*, morfemas vocálicos que se consideraron presentes en los morfemas *-as*, *-os*, *-es* y apoyaron la continuidad del acusativo al considerarse la *-s* marca del plural y no de caso.

Por su parte, el profesor García Hernández, estudia la semántica del preverbo *sub-*, cuyo sentido originario era “hacia arriba”, a partir del cual se desarrolló el de “a continuación” y finalmente el de “debajo”. Llama la atención este autor sobre el hecho de que, a pesar de que el español documenta todos estos significados (aunque a veces, sobre todo en las palabras patrimoniales, el sufijo se hace irreconocible), se ha perpetuado la idea errónea, proveniente de los gramáticos de la época imperial latina, de que su significado propio es “bajo” o “debajo”, lo que ha inducido a los diccionarios a incurrir en contradicciones, por ejemplo, al definir “sublime”, “sumo”, “subir”, etc., que él estudia y clarifica. De todos estos significados sólo dos son aún productivos en español, el de “grado subordinado” y “posición inferior”.

Entre los trabajos sobre el léxico están el de Conde Salazar, que estudia dos brevariarios del siglo cuarto, el *Epitome de Caesaribus* y el *De uiris illustribus*, y llega a la conclusión de que los neologismos documentados en el *Epitome* pertenecen en su mayoría al siglo I y son cristianismos, quizá tomados de sus fuentes, y sólo hay un hápax; y los documentados en el *De uiris* son, excepto uno, del siglo I y, aunque es menos innovador, también hay un hápax. Pero no coinciden en las pocas innovaciones léxicas que emplean, como no coinciden con Aurelio Víctor, más innovador que estos dos autores. [Hay que señalar que, según la autora, en la página 23, párrafo 2.2.4, donde dice “un único término cuya primera documentación conservada sea posterior al siglo I” debe decir “... al siglo II”]. Similar a este estudio es el de la profesora López de Ayala sobre los sustantivos (excepto los nombres propios), adjetivos y adverbios del *Breuiarium Historiae Romanae* de Eutropio, en el cual se pone de manifiesto que este autor, como otros historiadores de su tiempo, se sirve de un vocabulario clásico sencillo, notablemente técnico a veces, y de locuciones extraídas de la documentación oficial que maneja, guiado siempre por un afán didáctico que le proporcionó gran éxito como manual en la Edad Media. También dentro del ámbito de la lexicología González Rolán pone de relieve la influencia del *sermo rusticus* en el léxico de la lengua común en el paso del latín a las lenguas romances, debida a la importancia que recobran los campesinos-soldados en la época final del Imperio, completando su trabajo de 1978 referido a los niveles fonético y morfológico. Basándose en que la explicación de la semántica de un topónimo ha de reposar necesariamente en la existencia de otros que proporcionen el mismo significado con un material léxico similar y en que la toponimia ofrece datos para el estudio del latín vulgar.

Nieto Ballester estudia la etimología de *Paco Otajuán* y *Otero de Naraguanes*. El primero es un desarrollo de los vocablos *opacum*, *alta* y *fonte*, y el segundo de *altarium*, *nigra* y *fonte*, muy comunes todos ellos en la toponimia española. De modo que ambos tienen un sentido etimológico muy similar, ‘umbría fuente alta’, el primero, y ‘lugar alto fuente oscura’, el segundo.

La construcción *induere aues / hominem*, que aparece esporádicamente en Apuleyo y regularmente en Tertuliano para expresar la transformación, había sido relacionada con *induere uestes auium*, y García Jurado haciendo un estudio que aúna los puntos de vista lexemático y sintáctico llega a la conclusión de que en realidad se trata de un helenismo sintáctico-semántico que proviene del léxico común y pasa a formar parte del léxico filosófico y teológico. En cierto modo similar es la conclusión a la que llega el trabajo “Perífrasis preposicionales latinas en la *Vulgata*. Modelos hebreos y paralelos sumerios y acadios” de Jiménez Zamudio, pues el análisis de ciertas perífrasis preposicionales latinas para expresar distintas relaciones de lugar, circunstancias temporales o relaciones de poder, que incluyen entre sus formantes

algún nombre referido a partes del cuerpo humano y han pasado al español, como *ante faciem*, *in conspectum*, *post tergum*, etc., proceden de las versiones latinas de la Biblia, pero en último extremo tienen su origen en la cultura de los pueblos del Próximo Oriente Antiguo (hebreos, cananeos, asirios, babilonios, hititas, etc.) que dieron origen a los textos bíblicos, los cuales influyeron decisivamente en la lengua de los pueblos cristianizados. Aunque no se diga expresamente, este trabajo pone de manifiesto que también en esas lenguas las “metáforas de la vida cotidiana” y concretamente las que tienen el cuerpo como metáfora orientacional y de recipiente sirven para expresar realidades abstractas mediante palabras propias de realidades concretas y constituyen uno de los principales motores de creación de la lengua, como sostiene la semántica cognitiva. Relacionado de alguna manera con estos artículos está el de Moreno Hernández, “En torno a la interpretación de *Vetus Latina*, 2 Reyes 3,4”, en el que se explica que la incongruencia que se produce en el texto del pasaje estudiado se debe a que el traductor ha hecho una lectura errónea de sus fuentes y ha confundido el vocablo griego *ágnon* con *áhton* y *kriôn* con *krithôn*, y ha traducido respectivamente *tritici* y *hordei*, mientras que en la *Vulgata* se traducen por *agnorum* y *arietum*.

Las relaciones entre la morfología, el léxico y la sintaxis se hacen evidentes en el trabajo de López Fonseca sobre el empleo de *possum* para la expresión del futuro, es decir, de un recurso léxico no gramatical, en virtud de la proximidad de sentido entre lo futuro y lo modal. En latín tardío *possum* conserva el sentido de posibilidad que tenía en latín clásico, pero en períodos subordinados expresa además la noción de posterioridad haciendo las veces de un futuro de subjuntivo inexistente, como dejan ver las traducciones del griego al latín.

El resto de los trabajos tienen por objeto la sintaxis. Así el de Baños Baños versa sobre los verbos transitivos en los que coexiste la noción de transferencia comunicativa o material y de desplazamiento físico y, por tanto, se pueden construir, bien con dativo, expresando la idea de Receptor, bien con *ad* + acusativo, expresando la idea de Dirección, a lo largo de toda la latinidad, sin que deba considerarse la segunda construcción un vulgarismo sintáctico, como hasta ahora se ha hecho en el caso de Plauto, si bien es verdad que estos contextos, a los que se unen razones fonéticas, morfológicas y sintácticas, explican que en latín tardío el giro preposicional desplazara al dativo. Este trabajo viene a completar, por una parte, otro trabajo suyo sobre el también supuesto vulgarismo *scio quod* en Plauto (1998), y, por otra, otros sobre el dativo (Baños 1996, 1998, Martín 1986, 1991). La profesora Moure Casas estudia cómo a partir de la construcción clásica *sum* + genitivo de nombres o adjetivos sustantivados (animados en singular, en plural o modificados por adjetivos) surgió en lengua culta postclásica el giro *sum* + genitivo de nombre abstracto (*moris est*), que se extendió a otros niveles en latín tardío con la suficiente vitalidad como para llegar a los textos romances castellanos (*Poema del Mio Cid*, la *Vida de Santa María Egipciaca*, el *Libro de la infancia y muerte de Jesús*, etc.). Así se explican las construcciones “es menester” (< *est ministerii*, mejor que < *est ministerium*), “es de rigor”, “es de costumbre”, “es de cajón”. Por influjo de esta construcción posteriormente se volvería a usar en castellano la construcción “es de cobardes”, equivalente al giro clásico *sapientis est*. Por último, el artículo de De la Villa sobre el orden de palabras de los demostrativos, los posesivos, *multus* y *omnis* en Jerónimo viene a proponer un método distinto al que emplea Abel (1971) para estudiar el latín de Jerónimo, completando trabajos suyos anteriores de 1998 y 1999: comparar los casos en que éste se aparta del modelo griego

en sus traducciones con sus obras originales y con el latín clásico, puesto que no es lo mismo el latín bíblico que el latín tardío. Así el autor llega a una conclusión totalmente distinta a la de Abel. Si para éste entre el siglo II y el IV se produce una revolución en el orden de colocación de los demostrativos respecto al sustantivo, para De la Villa el orden es muy similar al del latín clásico, aunque se atisban ciertos cambios.

Así pues estamos ante un trabajo misceláneo muy variado, que permite en muchos casos conocer cuál es el estado de la cuestión en determinados aspectos del llamado latín vulgar y tardío y descubrir cómo pueden estudiarse éstos desde nuevas perspectivas y metodologías. Podría haber sido muy útil para facilitar sucesivas consultas del libro haber ofrecido al final un *index locorum latinorum* y un *index locorum uariorum*, como en el primer número de esta colección, así como un índice de palabras tanto latinas, como de otras lenguas.

CRISTINA MARTÍN PUENTE
Universidad Complutense

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

IPPOLITO, P., *La vita di Euripide*, Nápoles, Pubblicazioni del Dipartimento di Filologia Classica dell' Università degli Studi di Napoli Federico II, 1999, 117 pp.

Si deslindar la verdad histórica de las falsas noticias biográficas es tarea que generalmente conlleva dificultades en el caso de personajes del mundo antiguo, los problemas se intensifican muy notablemente cuando se trata de personalidades que gozaron de la inmensa fama de Eurípides y fueron, como el gran trágico, personajes “conflictivos”, dentro de la sociedad que les tocó vivir. En el caso de Eurípides estas dificultades son aún más grandes por dos razones: en primer lugar, por el hecho de que nuestro poeta fue uno de los blancos predilectos de los poetas cómicos, lo que provocó que, como queda muy bien ilustrado en el libro que comentamos, corrieran en el mundo antiguo anécdotas y datos sobre su persona que tienen sin duda o pueden tener su origen en las burlas de los comediógrafos y su deformación cómica de la realidad; y en segundo lugar debido a la gran difusión que alcanzaron sus tragedias y particularmente (en lo que se refiere al tema que nos afecta ahora) pasajes de sus tragedias que se citaban como máximas de sabiduría y que, usadas fuera de contexto, facilitaron la ya habitual costumbre de los biógrafos antiguos de atribuir al autor (Eurípides en nuestro caso) palabras y pensamientos de sus personajes. Por todos los motivos apuntados, son especialmente necesarios trabajos como el que ha llevado a cabo Patrizia Ippolito, que ha pretendido y conseguido introducir un poco de orden en la maraña de datos que las fuentes antiguas nos han transmitido, a partir de un examen minucioso de las fuentes y de una gran familiaridad con las tragedias y los fragmentos conservados de Eurípides.

El libro se estructura en catorce capítulos, a lo largo de los cuales la autora analiza las fuentes que nos informan sobre la biografía de Eurípides, la fecha y el lugar de nacimiento del

trágico, sus padres, su condición social, Eurípides pintor, Eurípides atleta, los maestros de Eurípides (Sócrates, Protágoras y Pródico, Anaxágoras), el carácter de Eurípides, su matrimonio, el proceso por impiedad en el que supuestamente se vio envuelto, los motivos que lo impulsaron a exiliarse voluntariamente en Macedonia, su estancia en la corte del rey Arquelaos, su muerte y las tradiciones sobre su sepulcro. Completan el volumen una nutrida bibliografía e índices de pasajes citados y de autores modernos.

A lo largo de todo el volumen se hace patente el esfuerzo de la autora por llevar a término el propósito principal de su trabajo: «questo volume non costituisce una definitiva conoscenza della complessa vita di Euripide, ma almeno è, nell'insieme, un tentativo di privarla degli elementi leggendari che la caratterizzarono». Con tal objetivo, P. Ippolito lleva a cabo una recopilación y análisis crítico de los datos que nos transmiten las fuentes antiguas, un análisis en el que suele quedar claramente reflejada su opinión personal al respecto del tema que trata en cada ocasión, con alguna excepción aislada, como en el capítulo dedicado a la fecha y el lugar de nacimiento de Eurípides (pp. 11-13), un argumento ciertamente resbaladizo a propósito del cual la autora, obrando probablemente con prudencia, no termina de decantarse por ninguna de las opciones que ofrecen las fuentes antiguas.

Por otro lado, siguiendo la práctica ya antigua (que en el caso de Eurípides tiene su principal testimonio en la *Vida de Sátiro*) de extraer información sobre un autor a partir de su obra, P. Ippolito pretende frecuentemente (de manera un poco abusiva a nuestro entender) deducir datos biográficos a partir de lo que leemos en las propias tragedias y fragmentos de Eurípides, que naturalmente constituyen una fuente de muy difícil interpretación, por lo problemático que suele ser determinar si en tales pasajes se reflejan las opiniones del poeta o simplemente las de sus personajes. Por eso no resulta extraño que, aunque generalmente nos resultan convincentes las conclusiones de la prof. Ippolito, en algunos casos no compartamos las deducciones obtenidas aplicando este principio. Así, no creemos en absoluto que en *Electra* 932-937 haya una alusión al hecho de que la madre de Eurípides pudiera pertenecer a un *status* social y económico más elevado que su marido (pp. 19-20), e igualmente en los capítulos dedicados al carácter de Eurípides (donde este tipo de deducciones son especialmente frecuentes), a su matrimonio o a los motivos de su exilio, nos resulta difícil de aceptar que, por ejemplo, simplemente de la lectura del fr. 963 pueda deducirse que el poeta era persona tenaz (p. 62), o que la presencia de elogios de los hijos en varios pasajes de sus tragedias nos permitan suponer que fue hombre feliz por ser padre (pp. 75-76), o que sus frecuentes alabanzas de la amistad sean un reflejo de la escasez de sus amigos en Atenas, lo cual pudiera haber sido una de las razones que lo empujaron a exiliarse (pp. 86-87). Pero en general, repetimos, las conclusiones a las que llega la autora nos parecen pertinentes.

La recopilación de datos es muy completa. Nos permitimos, no obstante, sugerir alguna adición complementaria. Sobre la muerte de Eurípides puede consultarse también la explicación del refrán Προμέρου κύνας, recogido en la colección de proverbios Zenobius Athous 4.26 (= Pseudo-Plutarco, *Sobre los proverbios de los alejandrinos*; véase también Pseudo-Diogeniano 7.52, en *Corpus Pseudoepigrammatum Graecorum* I 295, donde se citan otros testimonios), con el comentario de O. Crusius, Tübinga, 1887-1895 (= *Supplementum ad Pseudoepigrammatum Graecorum* III, Hildesheim, 1991²). En el capítulo «Eurípides atleta» (pp. 29-35) hubiera sido quizá interesante aludir a los epinicios que, según la tradición, compuso nuestro

poeta para celebrar los éxitos deportivos de Alcibíades (fr. 755-756 *PMG*).

La bibliografía resulta más que suficiente y está bien seleccionada. Sugerimos únicamente la consulta adicional de algún trabajo que trata aspectos concretos de la vida y obra de Eurípides: sobre la relación entre el poeta y Atenas, véase S. Cagnazzi, «Notizie sulla partecipazione di Euripide alla vita pubblica ateniese», *Athenaeum* 81, 1993, pp. 165-175; sobre la dura crítica de los atletas que contiene el fr. 282 N2 (pp. 33-34), son interesantes las consideraciones que hace P. A. Bernardini, «Essaltazione e critica dell' atletismo nella poesia greca dal VII al V secolo a.C. Storia di un' ideologia», *Stadion* 6, 1980, pp. 81-111, donde se discute si lo que se dice en ese pasaje refleja o no el pensamiento de Eurípides.

Patrizia Ippolito nos ofrece, pues, una recopilación muy completa y un estudio crítico de las informaciones que nos permiten reconstruir en lo posible la biografía de Eurípides y su relación con el ambiente social e intelectual de la Atenas de su tiempo, un ambiente apasionante del que Eurípides fue testigo y protagonista destacado.

FERNANDO GARCÍA ROMERO
Universidad Complutense

MCPHERRAN, MARK L. (ed.) *Recognition, Remembrance, Reality*. New Essays on Plato's Epistemology and Metaphysics. Kelowna, BC, Canada (Apeiron 32.,4). XI+157 pp.

El volumen contiene una selección de los trabajos presentados en el 4º Coloquio Anual de Filosofía Antigua de Arizona (19-21/2/1999). Las contribuciones tratan aspectos de la filosofía platónica que van de la teoría de la reminiscencia en el *Fedón* hasta el currículum educativo de los filósofos en la *República* y que sólo de manera muy lata cumplen la aspiración del editor de que el hilo conductor de estos ensayos es la asociación de sujeto que conoce (knower), conocimiento y lo Conocido (Known), una asociación ya de por sí suficientemente difusa.

Entre las ponencias incluidas destaca el estudio que A. Gocer dedica al concepto de *hesychia*. Para G., aunque tradicionalmente el concepto pertenecía al ámbito de la política, en Platón describe una condición mental que garantiza la estabilidad de la bondad (18) y a la que tienden todos los seres vivientes, incluidos los dioses. G. sostiene que el mandamiento de *mantener la calma* aclara de forma esencial la doctrina platónica de asemejarse a dios que sirve de fundamento no sólo a la ética, sino también a la cosmología, ya que la imitación es el principio que impulsa a todos los seres de este universo. En el extremo opuesto se sitúa, sin lugar a dudas, el confuso e impreciso artículo de Ll. P. Gerson sobre la teoría de la reminiscencia en el *Fedón* (72e3-78b3). Según G., la deficiencia que el sujeto comprueba en los seres sensibles con respecto a las Ideas no es el producto de la abstracción, sino que es necesario conocer también la Idea y esto sólo puede suceder de manera perfecta cuando el alma está separada del cuerpo, ya que cualquier conocimiento relacionado con los sentidos será siempre imperfecto. G. llega así a la conclusión de que, aunque los sensibles participen de ella, la Idea no es un universal, que se puede predicar de manera unívoca de todas las instancias particulares.

Dos trabajos están dedicados al *Parménides*. R. Patterson se ocupa de la argumentación utilizada en la segunda parte del diálogo. Su finalidad no consiste en presentar resultados fir-

mes, sino que invita a pensar acerca de un amplio programa platónico de filosofía, semejante al que corresponde a la dialéctica en la *República*. M. L. McPherran presenta una reconstrucción de lo que ha dado en llamarse la mayor aporía (137c4-e8) y trata de mostrar que, en su segunda parte, ésta quiere obligar a los que la estudien a reconocer un importante problema latente en la metafísica y la epistemología de la teoría de las Ideas. Según McPh. la argumentación es posible por la aplicación de dos leyes típicas de la ontología platónica: la ley del encadenamiento fáctico (relativa a las Ideas relacionales) y la de la separación fáctica. El error central en la aporía se encuentra en la ambigüedad del término δύναμις que se refiere tanto al 'significado de una palabra concepto' como a 'la capacidad de hacer algo' (64).

Otras dos ponencias estudian el *Teeteto*. M. Mitzi Lee trata uno de los aspectos centrales de la teoría del conocimiento platónica, la relación entre pensamiento y percepción. El trabajo se centra en la crítica que realiza Sócrates a los tres presupuestos que forman la "doctrina secreta" atribuida a Protágoras: (a) la identidad de aparecer y percibir (b) la pasividad de la percepción y (c) la simultaneidad y reciprocidad de percepción y ser. Para M. L., Platón propone en el *Teeteto* diferentes modelos sobre la relación entre percepción y pensamiento que luego adoptaron otros filósofos, pero que él no endosa. Chr. Shield estudia los problemas que Platón encuentra en la tercera definición de conocimiento. Sh. pone en cuestión la interpretación tradicional que considera al *Teeteto* un diálogo aporético, porque, sostiene, las objeciones que Platón presenta son insatisfactorias, ya que no toma la doctrina de *logos* en su formulación más fuerte y ni siquiera llega a refutarla en su versión más débil.

Por último, dos trabajos muy flojos están dedicados a la *República*. M. Miller mantiene que la función psicagógica de las cinco disciplinas matemáticas del currículum del libro VII consiste en liberar el alma del futuro filósofo de las tinieblas del mundo del devenir y guiarla hacia una realidad que, en su integridad sistemática trasciende lo sensible. Las tres disciplinas centrales en la serie (geometría, estereometría y astronomía o cinemática) retrotraen el alma del filósofo a la estructura espacial básica del mundo sensible, en la medida en que tratan de las dimensiones espaciales y del movimiento de los cuerpos en ellas. Con la armonía, la formación retorna al número, dado que esa disciplina estudia las proporciones en sí. Para M. la concepción de aritmética presente en la primera disciplina depende de la concepción espacial que los pitagóricos tenían de los números y su estudio ya introduce en la geometría. M. se plantea cuál es la relación existente entre las Ideas y las proporciones que son el objeto de estudio de la armonía, sin llegar a una respuesta conclusiva. N. D. Smith trata de dilucidar cuál es el efecto educativo que Platón buscaba tener en sus lectores con la *República*. S. entiende la *R.* como una obra dianoética que provee todo tipo de imágenes que deben ser entendidas como tales por los lectores que buscan comprender las realidades superiores y que plantean nuevos problemas filosóficos en cada estadio que se alcanza. Para S, la *R.* es una obra de filosofía política que se supone que tendría su ubicación en la última fase de la formación de los futuros políticos filósofos.

El volumen es una buena representación de la situación de los estudios platónicos en el mundo anglosajón. Las contribuciones tienen un desigual nivel científico y su único hilo conductor es, sin lugar a dudas, el de la *philia*.

FRANCISCO L. LISI

LUZZATTO, M.J., *Tzetzes lettore di Tucidide. Note autografe sul Codice Heidelberg Palatino Greco 252*. Bari, Dedalo, 1999. 192 pp.

«Tzetzes te tiene en sus manos: vigila ahora lo que escribes. / A él, que carece de libros, le gusta tener en sus manos un libro; / no sabe contenerse, y en los márgenes de los libros, / hace reproches a todos cuantos mienten». Estos singulares versos (por llamarles de algún modo; son trímetros yámbicos bizantinos “técnicos”) se leen en un códice laurentiano de Heródoto; van dirigidos al gran historiador de Halicarnaso, y los escribió Juan Tzetzes, en testimonio de su inveterada afición a emborronar cualquier espacio en blanco de los manuscritos a su alcance, para establecer un animado diálogo crítico-filológico con sus *auctores*. M. J[agoda] L[uzzatto] ha estudiado con acribía admirable cincuenta notas que aparecen en los márgenes del celeberrimo códice tucidídeo de Heidelberg *Pal. gr. 252* (E); tras un minucioso análisis desde todos los ángulos posibles, ha llegado a la conclusión, prácticamente sin posibilidades de duda, de que son de la mano del propio Tzetzes; el docto bizantino las escribió «pochi anni dopo la metà del XII seculo, alla fine di una estate, nel cuore di Costantinopoli e probabilmente nella Biblioteca imperiale». JL los ha editado cuidadosamente, no sin advertir que la edición hasta ahora disponible (la de los Escolios tucidídeos, editados por K. Hude, Leipzig, 1927) contiene casi tantos errores como líneas.

Su contenido no es lo que se diría apasionante: minucias ortográficas, estilísticas y, sobre todo, dialectales; fantasías etimológicas a propósito de nombres como Italia y Gela; algún problema cronológico, sumariamente planteado ... Sin embargo, dejan entrever algo que sí es apasionante (por lo menos para mí): el modo de trabajar de un erudito del siglo XII que, al contrario que muchos de sus contemporáneos, era consciente de la importancia capital de los códices *antiquiores*. Tzetzes — muy opuesto, desde este punto de vista, a la inmensa mayoría de bizantinos — detestaba el estilo de Tucídides (prefería con mucho a Heródoto) y lo que él denominaba sus constantes “solecismos sintácticos”; y lo hace saber sin tapujos: «Mejor habrían hecho los atenienses, oh Tucídides, / arrojándote a una cárcel oscura, a ti y a tu libro, / en lugar de desterrarte a los confines de Tracia [...] Debieras saber que el discurso “técnico” de los historiadores / ha de ser claro y grave, persuasivo y al mismo tiempo grato ...». *Genus irritabile philologorum!* Mucho más que con el interés bizantino, tan desencaminado, por las diferencias dialectales entre jónico, eólico y ático, el lector curioso se entretendrá — supongo — con las confesiones de Juan Tzetzes acerca de sus crisis asmáticas, en sus singulares arrebatos de impaciencia contra sí mismo y contra sus colegas, a los que califica de bárbaros, cerdos de Circe, búfalos (!), basura de los establos de Augias ... Es bien sabido que en el trasfondo de esta hostilidad subyacían los resquemores del concurso para la Cátedra imperial de retórica, concurso en el que Tzetzes había sido tumbado. En todo caso, ya sea por sus aspiraciones (vanas) al rigor metodológico, ya sea por sus rasgos (demasiado) humanos, algunos valorarán en esta figura remota lo que realmente es: un precursor, un colega.

JAUME PÒRTULAS

CALAME CL., *Poétique des mythes dans la Grèce antique*. París, Hachette, 2000, 288 pp.

A primera vista, el presente volumen tiene unos propósitos didácticos y propedéuticos muy claros: introducir a un público especializado sólo a medias en la exégesis de una serie de mitos griegos (Belerofonte, Tiresias, las Danaides, etc.), integrados en una serie de textos por lo general ilustres. Pero *a priori* no parecería razonable esperar que Cl. Calame, autor de una obra extremadamente personal, se limitase, aún en un volumen de esta índole, a una tarea tan modesta; y, en efecto, la intención polémica es aquí de gran calado. C ha tomado distancias cada vez más militantes respecto a los análisis de corte estructuralista. Sólo para simplificar — de un modo abusivo, ciertamente —, podríamos decir que la perspectiva semiótica y narratológica — también la *philologia perennis*, por otra parte — se convierten aquí en dominantes, por encima de la antropología — que no es, sin embargo, desdeñada, pero que no asume, en absoluto, un papel tan relevante como el que había desempeñado en otras obras de C. Aquí, y en oposición al dogma lévi-straussiano tradicional, en el sentido de que un mito está constituido por *la suma de todas* sus variantes, los problemas de la “mise en texte” y de la “mise en récit” merecen una atención absolutamente privilegiada.

El capítulo inicial, el más extenso de todo el libro (pp. 11-69), titulado «Créations narratives et poétiques», presenta un marcado carácter metodológico. De Lafitau a Lévi-Strauss, se pasa revista a la dilatada teoría de los nombres que han constituido los hitos más significativos en tales estudios: Vico, Heyne, K.-O. Müller, Frazer, Nilsson, Harrison, Jeanmaire, Jung-Kerényi, Burkert. Constituye un rasgo de talento expositivo, por parte de C, no limitarse a un análisis puramente abstracto, sino tomar como hilo conductor la historia de Démeter y Core. Aunque la lectura de muchas de estas páginas no puede tacharse, en verdad, de ligera o amena, cumplen una función necesaria: la de poner al lector en guardia contra las frivolidades metodológicas y, sobre todo, contra lo que C denomina mordazmente “el eclecticismo de supermercado”.

Los capítulos sucesivos discuten el relato de Belerofonte en el canto VI de la *Iliada* (pp. 71-93), Clitemnestra y Orestes en la *Pítica* XI pindárica (pp. 95-115), Io y las Danaides en el *Prometeo* y las *Suplicantes* esquiléas (pp. 117-144), el “mito de la bella Helena” según Heródoto y Gorgias (pp. 145-167), Tiresias en el *Himno* V de Calímaco (pp. 169-205) y el panteón de Trezén de acuerdo con la descripción del libro II de la *Periégesis* de Pausanias (pp. 207-241). En todos estos análisis no es, desde luego, la dimensión literaria la que predomina, sino las cuestiones de “pragmática”: ¿Qué tipo de presente “construyen” poemas como los de Píndaro? ¿Y los *Himnos* calimaqueos? De todos modos, me parece que habría resultado muy útil (aunque más arriesgado) dar otro paso aún y explicitar con mayor contundencia ciertas cuestiones subyacentes en muchos pasajes: ¿Cómo definir la relación entre poesía y religión en la Grecia antigua? Y, dado que esta relación existe, sin la menor duda, y es de importancia capital — ¿cómo hay que definir semejante religión, semejante poesía? De acuerdo con lo que se ha apuntado tantas veces — y C, desde luego, no lo ignora — un célebre pasaje de Heródoto (II 53) constituye, probablemente, el mejor punto de partida para una respuesta razonable: «... me parece que Hesíodo y Homero [...] son los que compusieron la teogonía de los griegos, asignaron a los dioses sus sobrenombres, les distribuyeron artes y honores e indicaron sus formas ...» (trad. de M. R. Lida).

No me parece que sea oportuno entrar aquí en una discusión pormenorizada, caso por ca-

so, de los resultados más satisfactorios y las (hipotéticas) debilidades de los análisis concretos de C. Baste con decir que, en mi opinión, alcanza sus momentos más felices discutiendo el “mito de la bella Helena”, el panteón de Trezén y, muy especialmente, el Baño de Palas calimaqueo; en cambio, la interpretación de la *Pítica* II se me antoja del todo insatisfactoria. A pesar de sus esfuerzos, no veo que consiga establecer ninguna relación pertinente entre el mito de Clitemestra y la victoria de Trasideo, un adolescente tebano, en el estadio de Delfos. Hay que decir en su descargo, empero, que nadie ha encontrado nunca, por lo menos que yo sepa, una explicación convincente de este poema enigmático.

Como resulta habitual en los trabajos de C, el aparato bibliográfico es riquísimo; y no se limita en modo alguno, por razones incluso programáticas, al dominio anglosajón (cosa que ocurre cada vez más frecuentemente). Ello no hace más fácil su lectura, desde luego, pero la enriquece de modo considerable. Tengo también la impresión de que algunos capítulos — el de Belerofonte, el del *Baño de Palas* — pueden ser muy útiles como guiones para clases universitarias, toda vez que (¡necesidades del realismo!) no exigen más que un conocimiento muy sumario de la lengua griega. Pero este particular sólo puede confirmarlo la experiencia directa.

JAUME PÒRTULAS

LA PENNA, A., *Eros dai cento volti. Modelli etici ed estetici nell'età dei Flavi*. Venecia, Marsilio, 2000, 221 pp.

Leyendo este nuevo volumen del maestro florentino (recopilación de algunos trabajos anteriores, dotada, empero, de unidad indiscutible), he añorado — quizás arbitrariamente — un diálogo ucrónico, imposible, absurdo, entre A. La P[enna] y el Michel Foucault de *La historia de la sexualidad: entre la philologia perennis* por una parte, capaz de aunar un excelente dominio técnico con una sensibilidad literaria excepcional, y, por la otra, las síntesis brillantísimas, aunque a veces no demasiado atentas a los matices del texto. En todo caso, el planteamiento de LaP es de vasto alcance: ¿por qué, en la era Flavia, desaparecen casi totalmente de la poesía latina las Cintias y las Delias, las fascinantes *dominae* de la elegía augustal? No cabe ninguna duda de que, tras los excesos neronianos, el nuevo régimen procedió a una suerte de rearme moralístico, cuya pieza maestra la constituyó una enfática revaloración del amor conyugal, de acuerdo con los tópicos acerca de las antiguas virtudes romanas. Lo que llama la atención es que esta operación ideológica obtuviera (en términos siempre relativos, claro está) mayor éxito *social* (algo muy distinto son los resultados *artísticos*) del que pareció coronar los esfuerzos de Octavio y sus colaboradores. Por otro lado, y en una suerte de contrapartida involuntariamente irónica, el eros pederástico alcanzó unos niveles de respetabilidad y preeminencia que contaban con pocos precedentes; por ejemplo un Estacio, poeta titular del eros púdico, se permite elogiar las virtudes de ciertos *pueri delicati* con un vocabulario y en unos términos reminiscentes, sin duda, de los elogios tradicionalmente consagrados ... a las *matronae* (cf. pp. 135-68); y el Hilas de Valerio Flaco constituye un romántico dechado de virtudes.

Debo confesar, sin embargo, que a lo largo de la lectura de estos ensayos, he disfrutado, mucho más que con la sociología del sexo en la Roma imperial, con el análisis literario de determinados personajes y escenas felices: Medea en las *Argonáuticas* de Valerio Flaco, la Argia de la *Tebaida* de Estacio y el relato de la expedición nocturna en el mismo poema, el Aquiles efebo de la *Aquileida* ... No debe ser ajeno a ello, tampoco, el hecho de que el capítulo que he leído con mayor placer haya sido el tercero, particularmente extenso, que se titula «I cento volti dell'eros di Marziale» (pp. 67-133): la talla poética de Marcial es objetivamente superior (a pesar de que sus ingeniosidades no sean siempre del gusto de LaP) a la de Estacio o Silio Itálico ...

Un breve apunte para concluir. El tercero y más extenso de los Apéndices, unas muy interesantes «Note sulla fortuna del mito di Ila» (pp. 193-212), podría haber sido enriquecido con un análisis del término griego νυμφοληπτός y de los pasajes y personajes que se relacionan con él; por otra parte, más que los “conocidísimos” trabajos de Mannhardt y Frazer, habría valido la pena citar a Ernesto De Martino, «La messe del dolore», capítulo VI de *Morte e Pianto rituale*, 1958, con múltiples reediciones.

JAUME PÒRTULAS

PIRENNE-DELFORGE, V. - SUÁREZ DE LA TORRE, E., *Héros et héroïnes dans les mythes et les cultes grecs*, *Kernos* Supplément 10, Liège 2000, XXIII + 447 pp.

Más de 450 páginas, 31 trabajos (salvo error u omisión), 33 autores de ocho o nueve países, cuatro lenguas, centenares (o quizá millares) de referencias bibliográficas; un tema — el mundo de los héroes — absolutamente determinante para la religión, la literatura, la arqueología y la antropología de la Grecia antigua: el más elemental sentido común aconsejaría no reseñar (sobre todo en un espacio tan forzosamente limitado) las *Actas* del Congreso que el *Centre International d'Étude de la Religion grecque antique*, editor de la revista *Kernos*, organizó en la Universidad de Valladolid en mayo de 1999. Por otra parte, muchos de estos investigadores pueden exhibir una dilatada trayectoria en su terreno; y no pocos, entre ellos, son amigos o, por lo menos, conocidos personales del presente reseñador. Ἀναξιφόρμιγγες ὕμνοι, τίνα θεόν, τίνα ἥρωα, τίνα δ' ἄνδρα κελαδήσομεν; Pero a pesar de todo, no deja de ser preciso dar cuenta, aunque sea brevemente, de la aparición y el contenido de este importante volumen.

Articular un elenco-clasificación, es lo que resulta, de hecho, menos difícil e inconveniente. Después de la *Introducción temática*, acompañada de una bien seleccionada bibliografía, a cargo de los editores del volumen, Vinciane Pirenne-Delforge y Emilio Suárez de la Torre (pp. IX-XXIII), aparecen héroes y heroínas en conexión con los distintos géneros literarios: la poesía lírica, a cargo de Carmen Barrigón; el ditirambo (B. Zimmermann); el teatro de Esquilo (E. Moutsopoulos), el de Eurípides (F. Jouan) y la tragedia en conjunto (A. Serghidou). Quisiera llamar aquí la atención sobre la brillante exégesis de la historia de Arión (Hdt. I 23) por Bernd Zimmermann (pp. 15-20), que rastrea cómo el ditirambo, el viejo canto dionisíaco, fue vinculado a las iniciaciones juveniles en las que los cultos heroicos desempeñaban un rol preeminente. Muchas páginas después (pp. 125-36), I. Tassignon estudiará, en una conver-

gencia probablemente involuntaria, pero significativa, los casos de una serie de héroes θεόμαχοι que se enfrentan a Dioniso: Perseo, Licurgo y, de un modo menos directo, Télefo y el mismo Orfeo.

También constituyen una suerte de bloque los estudios acerca de un héroe concreto: así, P. Wathélet analiza la doble iniciación de Aquiles en la *Ilíada*; Ana Iriarte se refiere a Ismene y Crisótemis y al contraste que ofrecen con sus impetuosas hermanas; J.A. López Férrez, a Aquiles en Eurípides; A. Moreau, a Acteón; P. Angeli Bernardini, a Hércules y sus rasgos “femeninos” (según la línea trazada por N. Loraux, pero, a la vez, marcando una serie de diferencias frente a ella); A. Pérez Jiménez, a Teseo en la correspondiente *Vida* plutarquea; P. Somville, a los “decadentes” Hero y Leandro. Otro subconjunto dotado de unidad clara y que resulta particularmente novedoso — por lo menos para el reseñador presente —, pero no exento de aspectos polémicos (*vide infra*), está formado por la reflexión filosófica acerca de la condición heroica: abre el fuego A. Motte discutiendo la categoría platónica del “héroe”, y siguen Inmaculada Rodríguez Moreno (acerca de aquellos pensadores que ubican a los héroes en una posición intermedia – μεταξύ – entre los hombres y la divinidad) y E. A. Ramos Jurado (a propósito de la Antigüedad tardía, con un énfasis especial en el neoplatonismo y el neopitagorismo). Más difíciles de clasificar resultan el trabajo de José Luis Calvo Martínez sobre las καταβάσεις heroicas (lo que me ha interesado particularmente son las brillantes observaciones acerca de la Νεκυῖα odiseica, aunque también habla de Hércules, Piritoo, Teseo y Orfeo) y el de M. García Teijeiro y María Teresa Molinos Tejada acerca de ciertos héroes “malvados”, recopilados en una serie de curiosos e inquietantes relatos procedentes de autores como Filóstrato, Partenio, Pausanias, Antonino Liberal, etc.

Los arqueólogos, desde luego, no podían dejar de tener una presencia destacada en un volumen de estas características. Así, I. Ratinaud-Lachkar estudia la presencia — o, más bien, la ausencia — de héroes “homéricos” en tres santuarios de época geométrica (el Menelaion de Therapne, cerca de Esparta; el Agamemnonion próximo a Micenas, y la gruta itacense de Polis, consagrada a Ulises); Gunel Ekroth, ciertos rituales sacrificiales característicos del culto heroico. A continuación, A. Verbank-Piéart pasa revista a los héroes “curadores” o sanadores; y L.-M. L'Homme-Wéry, a los héroes de Salamina. Al final del volumen (pp. 435-47) se encuentra un estudio del arqueólogo búlgaro Nikola Theodossiev acerca de algunos cultos relacionados con tumbas monumentales en Tracia. A caballo, en cierto sentido, entre la filología en el sentido más estricto y la arqueología, se encuentran el estudio de M. P. de Hoz sobre los héroes de Anatolia citados por Estrabón en los libros XI-XIV de su *Geografía* (los Argonautas, Télefo, Mopso, Sarpedón ...) y el rico trabajo de M. Piéart (pp. 409-37) acerca de los héroes fundadores y civilizadores argivos según la versión del Libro II de Pausanias.

Para el filólogo, el resultado más contundente de la lectura de este rico conjunto de trabajos “de campo” es la constatación de hasta qué punto los arqueólogos contemporáneos han arrumbado el antiguo dogma acerca de las diferencias mayores entre el ritual divino y el ritual heroico, que habíamos aprendido a considerar un elemento axial del sistema religioso griego; la misma distinción tajante entre figuras divinas y figuras heroicas (una distinción que, en última instancia, elaboraron los propios pensadores antiguos, platónicos y pitagóricos, como se destacaba en otros trabajos, mencionados *supra*) debería probablemente ser repensada. Incluso la interpretación tradicional de determinados pasajes literarios — la glorificación de Pélo-

pe en la *Olímpica* I, por ejemplo, o ciertos finales *ex machina* de Eurípides, como el del *Erecteo* (al que Francis Jouan consagraba parte de su trabajo) — tendría que sufrir entonces una revisión importante. También quisiera destacar, tanto por su extensión (pp. 281-332) como por la riqueza de sus materiales, el gran artículo de Annie Verbanck-Piérard, si bien hay que anotar que suscita más cuestiones de las que resuelve. En otro orden de cosas, el artículo de N. Theodossiev, cuyos tecnicismos arqueológicos en parte se me escapan, ofrece (cf. p. 443) indicaciones importantes para comprender mejor la última escena del *Reso* pseudo-eurípideo.

Enumeremos, para concluir, aquellos estudios que dependen fundamentalmente de una perspectiva que podríamos llamar, para entendernos, “histórico-religiosa” (por contraposición a disciplinas como la filología y la arqueología, y en el bien entendido que tales fronteras no resultan, con frecuencia, nada fáciles de trazar). Así, F. Díez de Velasco analiza la iconografía de Héacles en relación con Atlas, el Jardín de las Hespérides y el *axis mundi*; M. Rocchi se dedica a un brillante ejercicio *de bravoure* a propósito del héroe Cérambo, pastor transhumante en las nevadas cumbres de Tesalia; Alain Blomart pone en relación los rituales latinos de *euocatio* con sus más o menos lejanos parientes griegos, los desplazamientos y transferencias de reliquias heroicas; los trabajos de G. Hoffmann y E. Voutiras constituyen una suerte de “vidas (o mejor, *muertes*) paralelas”: la primera analiza la “exitosa” heroización de Brásidas después de la batalla de Anfípolis; el segundo, la “frustrada” heroización del espartiatá Cleómenes tras su desastrosa experiencia egipcia.

Quiero cerrar ya esta reseña, a la vez demasiado larga y demasiado breve, con una reflexión de alcance sobre todo personal, aunque no por ello forzosamente subjetiva. Estoy seguro de que las contribuciones que he leído con “menor” interés — a pesar de mi teórica especialización profesional — son las “más” estrictamente filológicas; también estoy seguro de que ello no se debe, en términos generales, a que su calidad sea inferior. ¿Se trata de una simple fatiga momentánea por mi parte, o de un indicio más en el sentido de que la vieja *philologia perennis* reclama un nuevo bautismo en las aguas regeneradoras de la arqueología, la antropología, la ciencia de las religiones, etc.? Más bien esto segundo, pienso; al fin y al cabo, la “ganancia personal” más importante que creo haber derivado de la lectura de este volumen es la de una comprensión menos aproximativa, más afinada, de algo que los filólogos clásicos casi nunca apreciaron cabalmente: estos difíciles finales eurípedes ἀπὸ μηχανῆς, como los del *Erecteo*, el *Reso*, la *Antíope* ...

JAUME PÒRTULAS

HOSE, M. (ed.), *Meisterwerke der antiken Literatur. Von Homer bis Boethius*, Múnich, 2000

M. Hose nos presenta aquí una obra de conjunto, en la que ocho expertos en la Antigüedad clásica recorren otras tantas obras que por su excepcionalidad se consideran fiel reflejo del significado y trascendencia del Mundo antiguo para la cultura occidental. La herencia grecorromana se contempla como un “continuum” en el que no cabe diferenciar lo griego de lo romano, por ello se escoge a tres autores griegos y a cuatro de la tradición romana. La selección se propone, asimismo, ofrecer al lector un ejemplo singular de distintos géneros literarios

cultivados en la tradición clásica, sin ser exhaustivos pero sí aspirando a mostrar la riqueza que la literatura antigua poseía en este aspecto. Así, los autores que conforman este volumen son: Homero, *Ilíada* (H. Flashar), Esquilo, *Orestíada* (M. Hose), Platón, *Apología de Sócrates* (A. Patzer), Cicerón, *Filípicas* (W. Stroh), Virgilio, *Eneida* (W. Suerbaum), Ovidio, *Metamorfosis* (N. Holzberg), Apuleyo, *El asno de oro* (P. von Möllendorf), y Boecio, *Consolación de la Filosofía* (J. Gruber).

En la introducción al volumen, de M. Hose, se hace un repaso de estas “obras maestras” atendiendo a los cambios que en el período de tiempo que abarcan han experimentado la noción y consideración de la literatura, desde sus orígenes orales hasta el momento en que el mundo literario creó sus propias leyes y conformó un reino aparte de juegos intertextuales. Cada uno de los capítulos procura enmarcar la obra en su contexto social y cultural, mencionándose las circunstancias que convierten al texto no en un pretexto para lanzarse a la crítica literaria abstracta, sino en el fruto de una personalidad creadora que se alimenta y respira en un lugar y un tiempo. También se pone atención a aspectos estrictamente literarios, pero siempre sin despegar demasiado los pies de la comprensión de la obra como parte de un todo más amplio y más rico en el que se imbrica y al que pertenece: el momento histórico. Dentro de la homogeneidad en el tono que se aprecia en la obra, se destacan, sin embargo, algunas contribuciones por la originalidad de su enfoque, como es el caso del análisis que de *La Eneida* realiza W. Suerbaum. Propone un acercamiento a este texto considerándolo un “lugar literario” que permite su comprensión de las diversas maneras en que podemos aproximarnos a un lugar físico para su conocimiento: a vista de pájaro, siguiendo los caminos y sendas marcados previamente o atendiendo a los hitos sobresalientes en el terreno.

La finalidad principal que se adivina en estas páginas es la divulgación de obras esenciales de la herencia clásica entre el público no especializado. Este objetivo no es fácil de cumplir, al contrario de lo que muy comúnmente se piensa, pues el autor que se lo proponga se mueve entre dos errores igualmente nefastos: oscurecer la información esencial entre información erudita y especializada en exceso, y, por otro lado, apenas apuntar obviedades generalistas. Este último peligro se acentúa aún más en una época como la actual en la que el lector medio es cada vez más ajeno a la herencia clásica y más desconocedor de sus textos. En el caso concreto de la obra presentada por M. Hose se ha sabido alcanzar una justa medida entre ambos extremos, y, a pesar de que la autoría sea compartida por diversos autores, el resultado ofrece una considerable uniformidad en el tono y sabe exponer las principales características y peculiaridades de cada una de las obras seleccionadas, atendiendo a las dificultades de análisis o interpretación, sin renunciar ni al rigor que una aproximación especializada exige, ni a la claridad necesaria para hacerse accesible a un público amplio.

Asimismo, esta obra aspira a ser el primer paso hacia una mayor profundización en los textos presentados, para lo cual se proporciona una breve pero suficiente referencia bibliográfica al final de cada capítulo. En ella se facilita al lector interesado desde ediciones de los títulos analizados y traducciones al alemán, hasta literatura secundaria que se ocupa más detenidamente de algún aspecto concreto de la obra o autor tratados. Para la elaboración de este apartado se ha pensado principalmente en el lector de habla alemana, y así, los títulos recomendados están, en su gran mayoría, en dicha lengua, aunque excepcionalmente se cita algu-

na obra en inglés. A este respecto, asimismo, se han tenido en cuenta la bibliografía de más reciente aparición (bibliografía de los noventa y ochenta en gran parte) siempre que ha sido posible, lo que facilita al lector su localización.

La curiosidad académica del lector agradecerá el “Quién es quién” final, donde se ofrece una breve biografía de cada uno de los colaboradores en el libro con los datos más relevantes de su carrera docente e investigadora.

SUSANA M. LIZCANO REJANO

AMATO, E. - CAPO, A. - VISCIDO, D. (edd.), *Weimar, le Letterature Classiche e l'Europa del 2000*. Atti delle giornate di studio (Liceo-Ginnasio Statale “F. De Sanctis” di Salerno, 27 settembre 1999– 31 gennaio 2000). Salerno, 2000.

La elección de Weimar como capital europea de la cultura en 1999 se consideró motivo adecuado para la celebración de unas jornadas en Salerno, concretamente en el Liceo-Ginnasio Statale “F. De Sanctis”, en las que analizar el significado y trascendencia del florecimiento artístico-cultural que experimentó dicha ciudad desde el s. XVIII. El resultado de estas reflexiones ve la luz como volumen quinto de los *Ἔργα – Quaderni di Filologia Classica*. Para el estudioso de los clásicos el fenómeno cultural que se vivió en Weimar tiene un doble interés: por un lado, la propia República de Weimar representa un intento de establecer una constitución democrática inspirada en los principios de la Grecia clásica; por otro, esta ciudad se convirtió desde mucho antes en la sede de un movimiento de renovación didáctica de los estudios en general, pero muy particularmente de los estudios clásicos. Partiendo de estos hechos históricos, se propone a los participantes en dichas jornadas examinar el controvertido tema del significado actual de la presencia de las lenguas clásicas en la enseñanza de la Europa del s. XXI.

Sin embargo, la lectura del volumen nos revela que no responden por igual todas las colaboraciones al espíritu declarado en la introducción. Así, podemos diferenciar, a grandes rasgos, tres tendencias en el conjunto de los catorce artículos: aquellos artículos en los que predomina una visión retrospectiva sobre la presencia de los clásicos y su estudio en los años dorados de Weimar (es el caso, entre otros, de las colaboraciones de U. Todini, E. Amato y también P. Policastro, aunque poniendo éste último el énfasis en el análisis de los fundamentos de la constitución de Weimar); aquellos otros que se centran en las vías de desarrollo que los estudios clásicos han experimentado durante las últimas décadas en sus diversos aspectos y en las orientaciones que parecen perfilarse (los de Ch. Segal, P. Fedeli, G. Avezzi, M. Fusillo, E. dal Covolo, L. Landi); un último grupo que no puede adscribirse a ninguno de los dos grandes temas propuestos en la introducción como alma de las jornadas celebradas (por ejemplo el de G. Cerri o el de G. F. Gianotti).

En lo que respecta a este último grupo, no está en discusión ni su interés científico ni su calidad (muy al contrario, ha de destacarse el minucioso análisis de la teoría física de Parménides realizado por G. Cerri), pero sí la pertinencia de haber sido incluido en esta obra colectiva, con un hilo conductor tan nítidamente presentado en la introducción.

También encontramos artículos peculiares y menos fácilmente clasificables, como el de A Malzone que propone un paralelismo entre las ideas que inspiran el *Dyscolus* de Menandro y aquellas que la República de Weimar intentó encarnar, sin plantear dependencias buscadas; o el delicioso de F. Donadi, que repasa el tema de Helena en sus interpretaciones y sus recreaciones modernas.

Sin duda, la mayoría de las colaboraciones pertenecen al segundo grupo, lo cual responde a una inquietud actual, ampliamente compartida. Se destacan especialmente los artículos respectivos de Ch. Segal («Sguardo retrospectivo sulla critica letteraria classica», p.127-140) y de P. Fedeli («Il ruolo del Latino nella scuola europea del 2000», p. 171-182). Ch. Segal recrea en su colaboración el «adagio» antiguo, y en una breve y dos veces buena exposición recorre las principales líneas que han guiado la crítica literaria de los clásicos durante los últimos treinta años con una sencillez y claridad encomiables. No menos atinado se muestra al enunciar los cambios que se han producido en la sociedad europea de finales del s. XX y comentar cómo repercuten éstos en la enseñanza de la literatura clásica. De agradecer, especialmente, el que abogue por no olvidar la belleza del texto y el placer en sí de leerlo, en medio de tanta teorización crítica, sobre todo por el papel definitivo que esto desempeña en la primera aproximación de todo alumno a la literatura clásica, un alumno cada vez menos culto y de horizontes literarios más limitados.

A su vez, el artículo de P. Fedeli, aunque se ciñe a la situación del latín, plantea preguntas básicas que pueden – y deben – extrapolarse a la situación del griego en la enseñanza actual. En su reflexión final defiende la escuela como contrapeso a la presión de todo ese universo protagonizado por la tecnología que rodea hoy a los alumnos, configurándose como la vía de acceso a todo aquello que esa tecnología no proporciona: básicamente capacidad crítica.

El volumen se cierra con dos reseñas muy en detalle: a la edición de M. Menchelli, *Dione di Prusa. Caridemo (Or. XXX)*, Nápoles, 1999, a y la de M. Marcovich, *Diogene Laertii Vitae Philosophorum*, Stuttgart, 1999. Con este apéndice el volumen adquiere una fisonomía un tanto peculiar, no del todo acorde con la voluntad de conjunto temático que se pretendía en la introducción.

SUSANA M. LIZCANO REJANO

NORDEN, E., *La Prosa Artística Griega. De los orígenes a la edad augústea*, Manuales Universitarios 2, México, Universidad Autónoma de México, 2000, XXVIII + 217 pp.

Esta traducción del libro clásico de Eduard Norden *Die antike Kunstprosa* (Berlín, 1898) recoge únicamente la sección inicial del volumen primero de la obra, esto es, la parte que abarca desde los orígenes de la prosa artística griega, en la segunda mitad del siglo V, a la edad augústea. La obra monumental del filólogo alemán ha sufrido por tanto un “corte reductivo” debido a que el proyecto inicial de traducción íntegra pasó a convertirse en un proyecto de investigación centrado en la época clásica griega.

Aunque la obra es bien conocida, no está de más recordar que esta parte inicial, considerada aquí independiente del resto de la obra, está formada por cinco grandes capítulos. Por un

lado, podemos agrupar los capítulos primero, segundo y quinto, que estudian la formación, los postulados y la degeneración de la prosa artística griega. Así, el capítulo primero (pp. 27-68) comienza presentándonos a Trasmaco y a Gorgias como los fundadores de la prosa artística y analiza las distintas figuras gorgianas, la prosa poética y la prosa rítmica. El segundo capítulo (pp.69-85) estudia los tres postulados de una buena prosa: que esté adornada con figuras retóricas, que tenga cierta proximidad con la poesía y que sea rítmica. El quinto capítulo (pp.165-199) se ocupa del periodo de decadencia de la prosa griega y la aparición de la elocuencia asiática (el denominado asianismo). Por otro lado, el capítulo tercero (pp.87-105) analiza la figura de Gorgias y su escuela. El capítulo cuarto (pp.107-163), que lleva por título «La Edad Clásica de la prosa ática», trata de las relaciones entre historiografía y retórica y entre historiografía y poesía, con el análisis de autores como Polibio, Tucídides, Jenofonte, Platón o Isócrates, entre otros.

La traducción ha sido realizada por Cecilia Tercero y Omar Álvarez bajo la supervisión de Paola Vianello de Córdoba. Conviene señalar que los autores se han basado en la primera edición alemana de 1898, pero también han tenido en cuenta los *addenda* de la segunda y tercera edición (1909 y 1915), así como la traducción italiana de la obra completa (Roma, 1986). Estos suplementos aparecen en las notas al texto entre corchetes cuadrados, seguidos del año de la edición correspondiente. Con respecto a los estudios sobre la materia aparecidos a lo largo del pasado siglo, el lector interesado deberá seguir consultando la extensa bibliografía que acompaña a la traducción italiana.

Antes de concluir debemos destacar el brillante prólogo, realizado por Antonio López Eire (pp. IX-XXVIII), en el que nos señala “lo básico que es este libro para entender la historia de la Poética, de la Retórica y de la Estilística” y el deleite que va a encontrar el lector en este estudio del lenguaje como arte y persuasión. Un consejo que no debemos pasar por alto.

MÓNICA ELÍAS PÉREZ

SALEMME, CARMELO, *Introduzione agli Astronomica di Manilio*. Napoli, Loffredo Editore, 2000, 175 pp.

C. Salemme ofrece al lector una reedición de una monografía sobre Manilio, cuya difusión anterior se fraguó en las prensas de la conocida Società Editrice Napoletana (1983). Aquella primera edición fue justamente saludada con buenos augurios por el Prof. Ramírez de Verger en las páginas de esta misma revista (*Emerita* 54, 1986, pp. 358-359). No obstante, hoy queremos hacer una presentación más detenida que en la anterior ocasión, pues la obra bien lo merece.

El libro comienza, como es habitual en estos casos, respetando el prólogo de 1983 y añadiendo unas líneas de actualización y justificación de la nueva edición. En honor a la verdad, hay que advertir que el título del libro de S. no hace justicia al contenido del mismo. En realidad, no es una introducción a Manilio en el sentido tradicional del término, ya que hay aspectos, como la lengua (léxico, morfología y sintaxis), la métrica o, incluso, la misma materia

astrológica, que no son tratados por el autor. Sin embargo, este libro desborda con mucho los contenidos de lo que se entiende por introducción, pues las cuestiones abordadas en él – esencialmente las filosóficas y literarias – son estudiadas con un detenimiento propio de una monografía. Desgranemos, pues, el libro para demostrar esta afirmación.

El problema de las fuentes (pp. 9-26), uno de los aspectos más debatidos de la crítica maniliana, es la primera cuestión abordada por S., en donde éste analiza la influencia del pensamiento de los grandes maestros del estoicismo, Crisipo y Zenón, así como los elementos comunes prestados por Posidonio, cuyo influjo S. considera fundamental, y por el sincretismo hermético, en la estructura filosófica de Manilio. La influencia de las fuentes anteriormente citadas se observa, sobre todo, en el capítulo II (pp. 27-45), en el que S. expone la interpretación cosmológica maniliana y la teoría de la “simatía cósmica”, que interrelaciona todas y cada una de las partes del cosmos, y que convierte al hombre en un microcosmos que recibe las influencias y efluvios de esa “comunidad” cósmica. Como consecuencia, el hombre está en disposición de conocer e interpretar los fenómenos celestes, pues él mismo forma parte del universo celeste; es más, el hombre, como centro de las diversas partes del cosmos, entre los que se incluyen los astros, está en relación directa con la divinidad. Puede decirse que la *pronoia* gobierna tanto la vida de los hombres como el orden universal. Del mismo modo puede acceder al conocimiento de la íntima naturaleza divina, por formar parte de esa misma naturaleza. Por todo esto, el estoicismo no le interesa a Manilio por sus enseñanzas éticas, como en el caso de Cicerón o Virgilio, sino “per una interpretazione cosmologica della natura” (p. 27), es decir, como medio de expresión de su particular mundo poético.

El tercer capítulo (pp. 46-74) está consagrado a lo que es el aspecto nuclear de la astrología y, por consiguiente, del poema maniliano: el destino, cuyas leyes inmutables rigen todas las cosas, no de una manera indiscriminada y ciega, sino – en opinión del autor – como un argumento providencial que actúa en la historia humana. Dicho de otra manera, el destino del hombre no está subordinado al devenir unitario del cosmos, sino más bien coordinado a todos las demás partes del orden universal, del cual participa por naturaleza. En este capítulo también aborda la idea de progreso político y social: al contrario de lo que enseña el mito de las Edades, la historia de Roma demuestra que se progresa desde la barbarie hacia la civilización, pasando así del villorrio tiberino al imperio y a la afirmación del *princeps* como vértice de la pirámide social, proyectado hacia el cielo y hacia los astros como anticipo de lo que será el culto imperial. El conocimiento de la ciencia astral estará reservado a una élite de esa pirámide: los *sapientes*. Aborda también S. el problema de la datación del poema: final del reinado de Augusto y comienzos del de Tiberio.

En el capítulo IV (pp. 75-104) estudia S. la función del mito en el poema maniliano; para ello el autor realiza un examen de la “prehistoria” de los mitos utilizados por Manilio – fundamental es Arato y la tradición aratea –, de la adaptación de esos mitos por parte del poeta y su relación con las fuentes mitográficas. S. sospecha que Manilio había manejado directamente los *Catasterismos* de Eratóstenes. La manera de tratar Manilio el mito es alusiva, algo típicamente alejandrino y heredado por la poesía neotérica, anticipando así la poética del s. I. Es mérito de S. reconocer que los estudios sobre el mito, más que para la reconstrucción del mundo espiritual de los *Astronomica*, sirve para conocer el programa poético y la evolución

artística de Manilio, pues estamos ante una obra poética, no lo olvidemos, no un tratado científico. Hay que recordar que el propio poeta en 1.20-24 presenta su poema no sólo como *res*, sino también como *carmen*.

Una parte no pequeña de la obra de S. está consagrada a uno de los aspectos menos atendidos, como suele suceder con los autores de materia técnica, aunque sean poetas, por los estudiosos manilianos: el estilo. Todo el capítulo V (pp. 105-145) está dedicado a estas cuestiones valiéndose del comentario de pasajes varios y diversos. El pasaje de Andrómeda es un ejemplo elocuente del quehacer del poeta. Hay que destacar las relaciones estilísticas que S. encuentra, en la descripción de un mito o de un fragmento, entre Manilio y Ovidio, Virgilio o Cicerón. El autor insiste en poner de relieve la relación entre el poema maniliano y la poesía neotérica y de época augústea, así como su vinculación con la de época nerónica: Lucano y Séneca. Pero, sobre todo, trata de dejar en evidencia sus relaciones con la poesía alejandrina.

Como corolario del presente libro (pp. 142-162), el autor ofrece una exhaustiva bibliografía comentada que comprende ediciones, comentarios y problemas de crítica textual, cronológicos, poéticos, fuentes helenísticas, técnica narrativa, influencia de la retórica, lengua y estilo, obras generales sobre la Estoa, la cuestión posidoniana, el problema del culto imperial y, en fin, la suerte de Manilio en la posteridad. Esta bibliografía es la misma que S. presentó en su edición de 1983. El autor, no obstante, ha intentado evitar el desfase cronológico publicando unos *addenda* (pp. 163-167) cerrados en el 2000, en donde ofrece, de manera más sumaria que en el apartado anterior, las contribuciones que en los últimos años han aparecido a propósito de Manilio. Aquí habría que objetar que S. no tiene en cuenta algunas obras generales sobre astrología, publicadas en estos últimos veinte años y cuya presencia hubiese sido un enriquecimiento de un apartado ya de por sí copioso. Cierra la obra un útil índice de autores modernos citados a lo largo de la misma (pp. 169-173). Cabría añadir que se echa de menos otro índice de los autores antiguos citados, así como un *index locorum Manilianorum*; ambos habrían sido de gran utilidad.

En resumidas cuentas, un libro importante sobre Manilio, que ha merecido los honores de una cuidada reedición y cuya lectura es absolutamente recomendable para todo lector que quiera adentrarse en la ardua problemática que suscita el célebre poema astrológico. Estas páginas son suficientes para reflejar la amplitud y la complejidad de la materia sabiamente tratada por S.

ESTEBAN CALDERÓN DORDA

DELARUE, FERNAND, *Stace, poète épique. Originalité et cohérence*, Lovaina-París, Peeters, 2000. 453 pp.

En 1991 Delarue ofrecía en microficha una monumental "tesis de Estado" que, a pesar de la incomodidad del soporte, fue acogida con el agrado lógico por parte de la investigación de literatura romana imperial. Con ella se rompía el silencio en el que se había sumido la crítica literaria de época imperial, tras el discreto auge que los estudios estacianos habían tenido en el período 1950-1975 gracias, fundamentalmente, a las monografías de B. Kytzler, F. M. Ahl,

W. Schetter, H. A. Luipold, Th. C. Klinnert, P. Venini, J. F. Burguess, G. Aricó, D. W. T. C. Vessey y J. E. Holland.

Con aquella tesis (*Stace, poète épique*, Paris, 1991), Delarue culminaba, de alguna forma, una larga trayectoria de dedicación al poeta napolitano. De hecho, retomaba aspectos ya tratados por el autor en trabajos anteriores, siendo evidentes las huellas de «Sur deux passages de Stace» (*Orpheus* 15, 1968, pp. 13-31), «Stace et les “modernes”» (*RPh* 48, 1974, pp. 274-301), «Stace et ses contemporains», (*Latomus* 33, 1974, pp. 536-548), «Un ami méconnu de Stace, Vivius Maximus» (*SicGymn* 19, 1976, pp. 173-203) y «Le palais du Sommeil: d’Ovide à Stace» (*Lalies* 10, 1988-1989, pp. 405-410).

Los diez años transcurridos entre la tesis de Delarue y la edición en soporte convencional han provocado, tal como era de esperar, que *Stace, poète épique. Originalité et Cohérence* suponga una remodelación bastante radical del prototipo. La labor intensa de revisión queda patente tanto en la simplificación y reorganización del ingente material originario, como en la incorporación de la bibliografía reciente y en la evolución de ciertas posturas, evidente sobre todo en la segunda parte del libro. En este sentido, hay que mencionar la inclusión del capítulo IX («Le surnaturel»), uno de los más interesantes e innovadores, que Delarue ha escrito inspirado, sin duda, por D.C. Feeney (*The Gods in Epic, Poets and Critics of the Classical Tradition*, Oxford 1991), a cuyas brillantes reflexiones sobre los dioses épicos no ha permanecido insensible ningún crítico estaciano.

Con todo, la consecuencia más visible de la reorganización del material ha sido que nos encontremos ante una obra de dimensiones más modestas: 453 páginas frente a las casi 1400 del original. Delarue, lógicamente, ha tenido que renunciar a una parte importante de la información que constituía la Primera Parte de la Tesis de Estado y que, bajo el título de “Le poète dans son milieu”, daba noticia detenida y erudita del helenismo de Estacio, de su figura social y poética, del papel de su padre en la formación del poeta, así como de sus relaciones con los creadores contemporáneos e inmediatos predecesores.

La obra queda así reducida (aunque con dimensiones todavía muy amplias) a lo que eran la Segunda y Tercera Parte, que en la tesis original correspondían a los epígrafes «*Prisci Vates*» y «*Les épopées*», y que en esta nueva “versión” aparecen, respectivamente, bajo los títulos de «Originalité» y «Cohérence», anticipados en el subtítulo de la monografía.

Después de un capítulo introductorio sobre la figura de Estacio, estudia el impacto que en su obra han tenido las tres tradiciones de las que el poeta es, siempre en opinión de Delarue, deudor: la tradición homérica, la erudita (de raigambre calimaquea) y la propiamente romana (Virgilio, Lucano y Séneca). Los distintos grados de intertextualidad que el estudioso encuentra que *Tebaida*, *Aquileida* y *Silvas* establecen con respecto a estos tres ejes es lo que permite a Delarue defender la *Originalité* del poeta romano, concepto con el que titula toda esta Primera Parte.

Delarue sostiene que Virgilio y Séneca son los maestros indiscutibles de Estacio, pues ellos han guiado y condicionado la relectura de hechos originariamente lucaneos, homéricos o calimaqueos. El estudioso enfrenta la relación filológica e intelectual (que no dialógica), que Estacio mantiene con Homero a la voluntad dialogística (en el sentido de la Estética de la Recepción de ‘relectura polémica’) que, en cambio, el poeta sostiene con Lucano, Séneca y, sobre todo, Virgilio (“Homère apparaissait dans un arrière-plan grandiose et lointain, Virgile est

partout” -p. 87-). En este sentido, el diálogo que Estacio establece con Virgilio habría encontrado concreción en una emulación por inversión. Su diálogo con Lucano habría cristalizado en ciertos hechos que, pese a su clara ascendencia lucanea, habrían cedido su significación política a favor de la moral; así, la idiosincrasia de la *Pietas*, *Clementia* y *Libertas* de la *Tebaida* son explicadas por Delarue como resultado de la lectura virgiliana a la que el poeta napolitano habría sometido el *Bellum Ciuile*. Y, por último, el diálogo con Séneca explicaría la crítica y distancia que el autor de la *Tebaida* habría conseguido establecer respecto a Virgilio.

En definitiva, según el sentir de Delarue, en el mundo poético estaciano Homero y Lucano han sido releídos a la luz de Virgilio, mientras que Virgilio lo ha sido a la luz de la doble vertiente de Séneca: tanto del Séneca trágico, interesado en lo patético, como del Séneca filósofo, defensor de la teología natural. En otras palabras, Virgilio habría sido el responsable de la moralización de los contenidos lucaneos y, lo que es más importante, Séneca lo sería de la “filosofización” de éstos. De hecho, es tal la preeminencia que Delarue confiere a la continuidad entre la obra de Séneca y la de Estacio que no duda en asignar a la *Tebaida* el rango de “fable philosophique” (pp. 427 ss.) y ésta es la premisa que le permite dotar de una base fuerte su defensa de la *Cohérence* de la *Tebaida*.

Es sabido, que, a la luz del estado actual de los estudios estacianos, tras las aportaciones de la escuela anglo-americana, encabezada y continuada, respectivamente, por F.M. Ahl (“The Rider and the Horse: Politics and Power in Roman Poetry from Horace to Statius”, *ANRW* II 32.1, 1984, 44-110) y por W.J. Dominik (*The Mythic Voice of Statius. Power and Politics in the Thebaid*, Leiden, 1994) aplicar a la *Tebaida* el calificativo de “filosófica” se ha transformado en algo altamente problemático, sobre todo si con ello se pretende significar, tal como Delarue hace (p. 175), que la composición presenta un mundo conforme a las concepciones estoicas. Bien es cierto que de forma explícita Delaure muestra su distanciamiento respecto a estos autores, al tiempo que reitera (como ya hacía en la versión de 1991) su aquiescencia a la línea exegética de la escuela estaciana europea tradicional (B. Kytzler, W. Schetter, P. Venini y D.W.T.C. Vessey). No obstante, sería injusto no mencionar la cautela actual de Delarue respecto a que la adhesión al pensamiento y al arte de Séneca por parte de Estacio implique una conversión filosófica. Reconoce, creemos que con acierto, que se trata de un hecho estético, pero asegura, no sabemos si con tanto acierto, que encuentra concreción coherente, fundamentalmente, en el aparato divino de la *Tebaida*.

El rico juego de intertextos con los que Estacio indudablemente trabaja en su *Tebaida* es prueba, tal como Delarue defiende, de su maestría narrativa y de su originalidad en la manipulación de una tradición que conoce a la perfección. Ahora bien, quizás sea precisamente esta tan prolija intertextualidad la que impida, a nuestro modo de ver, que el poeta mantenga esa coherencia sin fisuras que Delarue pretende.

CECILIA CRIADO - DULCE ESTEFANÍA

MOREAU, ALAIN - TURPIN, JEAN-CLAUDE (ed.), *La Magie*, Actes du Colloque International de Montpellier, 25-27 Mars 1999 (4 vol.). Université Paul Valéry, Montpellier III, 2000.

Nos encontramos ante un trabajo colectivo reunido en cuatro volúmenes que constituyen las actas del Coloquio Internacional de Montpellier que, sobre tema tan interesante como com-

plejo como es la magia, tuvo lugar en Marzo de 1999. La verdad es que la generalidad del título, sin otra concreción que los subtítulos que aparecen en los tres primeros tomos, hace pensar en que, o bien estamos ante un difícil y aventurado resumen de la historia de la magia, desde la antigüedad babilonia hasta el mundo contemporáneo o, como es más bien el caso, se trata de dejar abierto el campo mágico a unos trabajos que se centran, a pesar de todo, en la Antigüedad.

Así, el primer volumen (*Du monde babylonien au monde hellénistique*) reúne trabajos en su mayoría sobre diversos aspectos de la magia anterior al mundo griego clásico (Mesopotamia, los hititas, los coptos). En el segundo volumen (*La magie dans l'antiquité grecque tardive. Les mythes*) nos encontramos de lleno en el mundo griego postclásico (Plutarco, Jámblico, Dión Casio, los papiros mágicos, etc.), volumen que contiene el mayor número de contribuciones. El tercer volumen (*Du monde latin au monde contemporain*) contiene algunos trabajos de esta época junto con una síntesis y conclusiones del coloquio, resúmenes de las comunicaciones, lista y direcciones de los participantes y un índice general de términos.

El cuarto y último volumen contiene una bibliografía general sobre la magia, bibliografía que sorprende por su variedad (obras antiguas y recientes, estudios y artículos claramente de índole mágica junto con otros cuya temática toca sólo tangencialmente el motivo de estas actas). Su autor, Alain Moreau, aclara que incluye "la plupart des articles et des ouvrages cités par les participants au colloque, même s'ils sont sans rapport direct avec la magie". Como curiosidad se citan, además, algunas películas sobre brujería y superstición.

Centrémonos, así pues, en el primer volumen. Alain Moreau lleva a cabo, a modo de introducción, una "petit guide à l'usage des apprentis sorciers", basada, como cita a pie de página, en las obras de A. Bernand (*Sorciers grecs*) y F. Graf (*La magie dans l'Antiquité gréco-romaine*). En ella hace un recorrido, algo desigual, por algunos términos relacionados con la magia, los objetos utilizados en ella, junto con temas anexos como la astrología o la religión. A continuación aparece la conferencia inaugural del coloquio, a cargo de Fritz Graf. Graf parte de la ausencia de una historia de la magia antigua y ofrece algunas pistas en un recorrido sobre la magia grecorromana, basándose en su función y en la actitud social hacia este tipo de prácticas. Jean Bottéro analiza en su artículo algunos aspectos de la magia (fuerzas malignas, exorcismos, teurgia) según se desprende de tablillas cuneiformes de la antigua Mesopotamia. Marie-Claude Trémouille expone algunos aspectos formales y técnicos en el ritual mágico hitita, comenzando por las fuentes que nos documentan sobre el tema. Con abundantes citas de tablillas conservadas, Trémouille analiza la estructura repetida de estos textos, así como algunos elementos mágicos particularmente llamativos. Por su parte, Sydney Aufrère pretende aclarar la influencia egipcia sobre las prácticas mágicas que aparecen en la Vida de Alejandro (Pseudo-Calístenes). A continuación, Gérard Capdeville compara un fragmento de Edipo de Séneca con un pasaje de la Farsalia de Lucano para extraer elementos propios de la adivinación etrusca, completando su contribución con abundantes notas (¡más de veinte páginas!). Dominique Briquel trata de dilucidar si la ciencia religiosa etrusca, tradicionalmente relacionada con la adivinación y no con otros aspectos mágicos, muestra o no indicios claramente mágicos. Bernard Sergent presenta texto, traducción y comentario de un texto de maleficio en galo conservado en una tablilla, en la que se invoca a Maponos, un dios asociado a Apolo por lo romanos. Investiga Jan Bremmer sobre la naturaleza mágica de los hechos de Simón el Mago en los Hechos del Apóstol Pedro, para concluir que estos hechos pueden considerarse como

acciones mágicas paganas. Nathalie Bosson reflexiona sobre el poder mágico del nombre en la magia copta, dentro de un sincretismo bastante conocido. A continuación Régis Boyer analiza el valor de la magia en la mitología escandinava, a través de los principales ritos en los textos del Eda Poético, sobre la idea del conocimiento que da poder. Finalizando casi este primer volumen, da comienzo un apartado dedicado al mundo griego. André Motte se adentra en la posibilidad de un resquicio, en el pensamiento de Platón, para una brujería compatible con la filosofía. Motte aporta fragmentos del filósofo en los que parece que algunos términos relacionados con la magia no son considerados con matiz peyorativo. Sobre la misma figura trata el trabajo de Brigitte Pérez, en el que, analizando fragmentos del Banquete platónico, se relaciona a Eros con la magia. Finaliza el primer volumen Didier Pralon, analizando el conocimiento y la importancia de la magia en Teócrito según se desprende del conocido segundo Idilio.

En el artículo que abre el segundo volumen, André Bernand comienza asociando, en primer lugar, el mundo de la magia a los excluidos y marginados de la sociedad para continuar con otros diversos aspectos mágicos, no del todo relacionados directamente con la idea inicial. Sarah Iles Johnston estudia el sacrificio en los papiros mágicos griegos, incidiendo (aporta fragmentos del Papiro IV de la edición de Preisendanz) en el valor de reinterpretación y adaptación de los esquemas rituales tradicionales. A continuación, Françoise Frazier analiza ciertos aspectos mágicos de las Musas y del amor en la obra de Plutarco. Al mismo autor está dedicado el trabajo de Jacques Boulogne, en el que se intenta aclarar la postura de Plutarco ante la magia, distinguiendo entre Magia, como conjunto de conocimientos y Brujería, actividad mucho menos “apreciada”. En su artículo, Arnaud Zucker estudia las características de la magia animal según la obra de Eliano (*Sobre la naturaleza de los animales*), incidiendo en su carácter natural frente a la magia humana. Por su parte, Marie-Laure Freyburger-Galland rastrea en la obra de Dión Casio los episodios relacionados de algún modo con la magia para dejar clara la postura del historiador a este respecto, postura que se inserta claramente en la visión negativa de la sociedad romana de la época hacia este tipo de prácticas. Las relaciones y diferencias entre magia y teurgia en Jámblico son el tema del siguiente artículo, a cargo de Carine Van Liefferinge, incidiendo en la relación de igualdad (no de obligación) que se establece en la teurgia. En las siguientes páginas Bernard Schouler trata de establecer las diferencias entre actos de magia y otro tipo de actos, filosóficos o religiosos, a través de la obra de Eunapio, sobre la vida de filósofos y sofistas. A continuación, Hélène Frangoulis comenta la visión de Dionisios que da Nono de Panópolis en su obra, para concluir que todos los aspectos mágicos presentes en ella no son más que recursos literarios. Maria Grazia Lancellotti comenta las dificultades para establecer y estudiar adecuadamente un *corpus* de gemas mágicas y anuncia un proyecto con tal objetivo que se inicia en Italia.

Paul Wathelet inicia la segunda parte del segundo tomo, titulada “Los mitos”, con un documentado trabajo sobre dioses y encantamientos en las epopeyas homéricas, relacionando algunos de ellos con el mundo subterráneo, aspecto que pudo influir más tarde en las prácticas mágicas. Sobre el mismo terreno, concretamente en Circe y en su función en la Odisea, se centra el siguiente trabajo de György Karsai, destacando en ella aspectos al margen de la magia. A continuación, Pierre Sauzeau trata de destacar la importancia de Hécate como diosa de la magia, por encima de sincretismos, para lo cual establece un análisis comparativo con el dios védico Rudra. Hécate es la diosa que actúa de lejos, aspecto más antiguo de lo que gene-

ralmente se admite, es la diosa que representa el lado oscuro de Ártemis. Por su parte, Jean-Marie Renaud analiza ciertos pasajes homéricos en los que aparecen maldiciones y otros elementos relacionados con lo mágico. En su contribución, Francois Jouan estudia los aspectos mágicos que aparecen de modo habitual en los dramas satíricos. Los dos siguientes trabajos se centran en el personaje de Medea, a través de la obra de Apolonio de Rodas. En el primero, Alain Moreau estudia el personaje como ser entre dos mundos, como un mago, y hace un recorrido por una serie de plantas de índole mágica. En el segundo, Richard Buxton estudia el valor mágico de los ojos de Medea al final de la obra citada. Finalmente, encontramos tres aportaciones también sobre la figura de Medea. Loretta Baldini Moscadi trata de demostrar que la figura de Medea en la obra de Valerio Flaco, a pesar de la época, aún sigue conservando su dimensión mágica. Vassiliki Gaggadis-Robin estudia los documentos en los que se habla de Medea y la práctica de la magia, ilustrándolos con imágenes, destacando en especial la caja en la que Medea guardaba sus hierbas mágicas. El tomo concluye con un estudio, a cargo de Marianne MacDonald, que parte del personaje de Medea en Eurípides, Apolonio de Rodas y Séneca para centrarse en el uso que de ella se ha hecho en la ópera.

Gérard Freyburger abre la primera parte (el mundo latino) del tercer volumen con un estudio sobre el significado del término *carmen* para los romanos, tanto desde el sentido genérico de súplica u oración como desde el matiz de oración silenciosa, capaz de contener fórmulas de índole mágica. Antoinette Novara analiza la relación de Propercio con la magia a través de su obra, mostrando que sus relativamente frecuentes alusiones a la magia están cargadas de ironía. A continuación, Charles Segal se adentra en las relaciones entre Ovidio y la magia, especialmente a través del estudio de determinados pasajes de las *Metamorfosis* (episodios de Medea y Circe). Por su parte, Eugène Diouf dedica su intervención a la curiosa relación de necesidad y persecución de la magia en el mundo romano, partiendo de los comentarios al respecto de Plinio el Viejo en su obra. Nicole Méthy trata de dilucidar el carácter y la naturaleza del rey Apuleyo, citado en la *Apología de Apuleyo*, obra en la que se mezclan aspectos de magia, religión y filosofía, al igual que en otros textos de la época. En el siguiente trabajo, Béatrice Bakhouché analiza un complejo pasaje de la obra *La boda de Filología y Mercurio* de M. Capella en el que la protagonista mortal recibe la inmortalidad y asciende, con procedimientos mágicos, al mundo divino. Cierra el bloque perteneciente al mundo latino Frédéric Fauquier analiza el valor mágico de la obra latina *Picatrix*, versión de un tratado árabe de magia del siglo X, en la que se intenta justificar la práctica mágica en su relación con la filosofía.

La segunda parte de este tercer volumen contiene solamente dos contribuciones sobre la Edad Media: Francis Dubost trata de señalar los elementos de la tradición mágica presentes en la figura de la maga enamorada de la novela medieval y Jean-Patrice Boudet se adentra en la compleja averiguación del origen del *ars notoria*, una clase de magia muy popular durante los siglos XIII al XVII en Occidente, así como en el estudio de su importancia desde el punto de vista de la magia y la religión.

El mundo contemporáneo, también con dos aportaciones, es la tercera y última parte del tercer volumen. Danièle Vazeilles estudia las relaciones entre el chamanismo tradicional y el movimiento llamado "New Age", analizando si éste último se trata de un nuevo saber, de una espiritualidad mística y mágica, o de la búsqueda de una integración de la magia con la ciencia. La última contribución, a cargo de Maxime Scheinfeigel, está dedicada a la presencia de

la magia, como ilusión, en el cine: los trucos, las metamorfosis, los espejos, etc.

Como conclusión podemos afirmar, volviendo a lo que decíamos al principio, que el conjunto de los trabajos aquí reunidos, aunque no se corresponden de modo equilibrado con las diferentes épocas estudiadas (predominan los estudios sobre la antigüedad y, dentro de ésta, los dedicados al mundo griego), ofrecen una interesante panorámica sobre la magia en general, en la que el lector interesado en este complejo mundo podrá encontrar con seguridad, junto con aspectos ya conocidos y estudiados, otros realmente novedosos y sorprendentes.

LUIS MUÑOZ DELGADO
Granada

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

ALFÖLDY, GÉZA, *Provincia Hispania superior*, Heidelberg, Schriften der Philosophisch-historischen Klasse der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Band 19. 2000, 79 pp.

En el curso de las excavaciones que tuvieron lugar en Lavinio durante los años 1995-96, bajo la dirección de M.Fenelli y M.Guaitoli, salió a la luz el pedestal de una estatua erigida en honor de C. Servilius Diodorus, un miembro destacado del orden ecuestre. La dedicante había sido su esposa, Egnatia Salviana, y como tal figura al término de la inscripción dedicatoria que recoge el *cursus honorum* de su marido. Este texto, al igual que los otros inscritos en los laterales del pedestal, fueron editados en 1999 por D.Nonnis (RPAA 68, 1995/96 (1999), pp. 235ss). El hallazgo ha despertado una especial atención en Alföldy, que le consagra esta monografía. Y no es para menos, porque entre los cargos ostentados por el ecuestre se menciona uno inédito hasta la fecha y que toca a Hispania: *proc(uratori)c̄c̄* (i.e. *ducenario*) *provincia-rum Hispaniar(um) citerioris et superioris*. Con la gran suerte además de que se conserva la fecha de consagración del monumento, el 7 de septiembre del 227, es decir, durante el reinado de Severo Alejandro.

Sin duda, una verdadera sorpresa epigráfica ésta de la *provincia Hispania superior*, como destaca el autor en el primer capítulo de la obra (*Eine epigraphische Überraschung: provincia Hispania superior*, p.7-16). La conclusión a que llega A. a partir del orden de presentación de la carrera política del homenajeado es la de que muy probablemente en el año 227 Diodoro pasase de la Hispania Citerior, donde había sido procurador financiero, a la Hispania Superior en calidad de procurador presidial. El ascenso de Diodoro a la posición de gobernador de provincia en el noroeste hispano podría haber sido la razón que llevó a su mujer a homenajearlo con la dedicación de una estatua.

Pero dos preguntas se imponen: ¿cuándo nació esta nueva provincia de Hispania Superior?, y ¿qué extensión territorial llegó a tener? Su contestación da origen al segundo capítulo («Die Zweiteilung der Hispania citerior unter Caracalla: Hispania nova citerior und Callaecia», pp. 17-27). El autor presenta y discute los testimonios epigráficos cruciales relativos a la

configuración administrativa de Hispania en tres únicas provincias, así hasta la división de la Citerior en tiempos de Caracalla, entre 212-217 (p. 52). En tal sentido ya hablaban las dos inscripciones de C.Iulius Cerealis. Conocíamos, en efecto, el hecho de la división provincial, la *divisio*, así como el nombre de la porción mayor resultante, *Hispania nova citerior Antoniniana*, pero ignorábamos la denominación de la nueva provincia occidental. La inscripción de Lavinio nos aclara este último enigma y de paso da pie al autor para confirmar sus hipótesis anteriores y rebatir de forma definitiva algunas interpretaciones equivocadas sobre el sentido y la ubicación geográfica del gobierno de Cerealis. El convento de Asturica Augusta y la Legión Séptima quedarían, sin embargo, bajo jurisdicción tarraconense, como sostiene A. sobre la base de las carreras de T.Clodius Aurelius Saturninus y G.Marius Pudens Cornelianus (entre 218-220/21), mientras que Callaecia daba lugar por sí misma a una nueva provincia, la Hispania Superior, con los conventos lucense y bracarense. Claro que la autonomía galaica no sería larga. En el momento de la legación de Rutilius Pudens Crispinus (238-241), Callaecia volvía a estar gobernada junto con la Citerior desde Tarraco.

No resulta difícil concluir que Hispania Superior sólo puede corresponder a Callaecia, y el razonamiento detallado de esta identificación ocupa el capítulo siguiente (*Callaecia, die provincia Hispania superior*, pp. 28-38). Es aquí sin duda donde la monografía se hace más atractiva para los interesados en la geografía antigua, y donde habrá que seguir profundizando en el futuro. El tema da ocasión al autor para explayarse sobre el adjetivo *superior*, en el sentido de provincia más elevada por el relieve y contrapuesta a la Citerior (díganselo aún hoy a los ingenieros en Piedrafita); pero también en el sentido de más septentrional, de acuerdo con las ideas geográficas antiguas (Estrabón, Orosio). Se nos brindan paralelos clarificadores de otras partes del Imperio (Ilírico Superior, Britania Superior, Dacia Superior), y en un ejercicio de virtuosismo histórico-epigráfico que no resultará extraño a sus lectores, A. propone la denominación oficial completa del nuevo ente administrativo: *provincia Hispania superior Callaecia*.

Las razones para la reforma administrativa de Caracalla en Hispania, como reza el capítulo siguiente (pp. 35-38), se pueden reducir en el fondo, según A., a la política preventiva de los Severos de evitar las concentraciones de poder provincial. La partición de las grandes provincias inaugurada por Septimio Severo en Siria, Britania y Panonia sería aplicada ahora por su hijo a la Tarraconense. Provincia procuratoria, dirigida por un gobernador de nivel ducenario, entre otras cosas debido a su riqueza minera, Callaecia iba a imponer con su autonomía ciertos cambios en la administración hispana, que son los estudiados a continuación (*Die Folgen der Verwaltungsreform Caracallas*, pp. 39-51). Por lo pronto, supresión de los legados jurídicos para Asturia y Callaecia, detracción de los recursos mineros galaicos de la esfera competencial del procurador financiero de la Hispania Citerior, creación de una nueva capital provincial (que podría ser Lugo, según A.), y un etcétera que la investigación futura deberá ir desentrañando. Por fin, el último capítulo (*Das spätere Schicksal der Provinz Hispania superior* (pp. 52-61) traza la historia administrativa posterior de Callaecia hasta Diocleciano. La pérdida de la condición provincial y la reintegración a la Citerior advendrían bajo la legación de Decio, «quizá ya en el año 235» (p. 52); un status que, sin embargo, no tuvo por qué ser siempre el mismo a lo largo de todo el s.III. El autor examina a este respecto la epigrafía relevante y deja abierta la cuestión de si Callaecia recuperó su condición autónoma en alguna otra coyuntura de esta cambiante centuria. Todo un reto para la investigación venidera.

Un documentado apéndice sobre testimonios de procuradores Augusti en el NO de Hispania (pp. 63-67) y diversos índices cierran el volumen, no sin antes dedicar una amplia nota (nº 118) a la cuestión de la *provincia Transduriana* de época augustea (aunque ya abordada por el autor en otra publicación suya posterior).

Familiaridad insuperable con los hombres y las cosas de la Hispania romana, maestría epigráfica y, no lo olvidemos, conocimiento del Imperio romano en su conjunto, se han combinado para presentarnos un estudio estimulante y abierto, habida cuenta de los muchos interrogantes que plantea al lector. Pero quizá la lección más interesante desde el punto de vista metodológico sea la conclusión de que la historia en apariencia más excéntrica y más provincial no sólo no se sitúa al margen de la historia general, sino que sólo resulta plenamente inteligible si se la estudia en relación con el centro político y en comparación con las demás áreas de sus características. La traducción al español que ya ésta lista para ser publicada quiere ser también una contribución a la enseñanza de esa idea generalista que debe ser directriz en la formación de los jóvenes investigadores.

VÍCTOR ALONSO

DUPRÉ RAVENTÓS, X. - REMOLÀ, J.A. (edd.), *Sordes Urbis. La eliminación de residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica. Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, nº 24, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, 2000. 150 pp.

La presente obra recoge las distintas aportaciones del coloquio, que sobre la eliminación de residuos en la ciudad romana y la compleja problemática de su interpretación, fue organizado por la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

Tras la correspondiente introducción de los editores, a la que preceden un prólogo de Javier Arce Martínez, y dos textos de presentación a cargo respectivamente de Domenico Tadini, y de Manuel Espadas Burgos, actual director de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, se pasa a la muy breve exposición (pp. 1-2) de Andrea Carandini («I rifiuti finalmente accolti. Appunti per l'utilizzo investigativo delle immondizie e per una teologia della purificazione») en la que se llama la atención de los arqueólogos para no limitarse a los aspectos materiales de los desechos, sino que deben tratar también de comprender su significado teniendo en cuenta la totalidad de la sociedad que los generó. A la Gehena de Jerusalén (geografía histórica y geografía mítica), se dedica la comunicación de Natalio Fernández Marcos (pp. 3-11), poniéndose de manifiesto la existencia de indicios de que el valle funcionaría como basurero, y en determinados momentos como lugar de enterramiento colectivo. Por su parte Sauro Gelichi analiza en su trabajo (pp. 13-23), la eliminación de desechos en las ciudades romanas del norte de Italia entre la antigüedad y la alta Edad Media, mientras que Piero A. Gianfrotta se centra (pp. 25-35) en los desechos bajo el agua («I rifiuti sommersi»), y que pueden encontrarse entre capas del sedimento de los puertos en donde aparecen con frecuencia instrumentos de barcos o cascós de naves antiguas abandonadas hasta pudrirse.

A la eliminación de desechos en Pompeya, Herculano y Ostia se refiere el estudio de Gemma C.M. Jansen (pp. 37-49), mostrándose las principales diferencias de estas tres ciudades, en cuanto a sus respectivos sistemas de eliminación de residuos. Por su parte Wolf Lie-

beschuetz, trata en su comunicación (pp. 51-61) del tema general de la eliminación de basuras en las ciudades griegas y romanas, poniendo de manifiesto como tanto unos como otros distaban mucho de ser indiferentes hacia la suciedad, pero su definición de lo que consistía ésta y la urgencia con la que consideraban la necesidad de eliminarla eran diferentes de las nuestras.

De interés resulta el texto de Daniele Manacorda (pp. 63-73) sobre los vertederos de Roma entre la antigüedad y la época moderna, pero sobre todo el presentado por Eric M. Moormann (pp. 75-94) sobre las representaciones de residuos en el arte helenístico y romano, en el que se abordan relieves y diversos motivos de musivaria. A la organización y responsables de la limpieza urbana en Roma, se dedica asimismo un trabajo por parte de Silvio Panciera (pp. 95-105), planteándose la problemática del funcionamiento de un servicio público para la eliminación de desechos. Bajo un enfoque puramente arqueológico, es sin embargo la aportación de Josep-Anton Remolà (pp. 107-121) en la que se recogen toda una serie de consideraciones, desde dicho punto de vista, sobre los residuos y su eliminación en vertederos. También y finalmente, forman parte del volumen la exposición (pp. 123-127) de Emilio Rodríguez Almeida («Roma, una città self-cleaning?»), y de Francesc Tarrats (pp. 129-137) («Tarraco, topografía urbana y arqueología de los vertederos»), en la que se pone de manifiesto que es para la época tardo-romana, en la que se dispone de datos más completos en relación a los vertederos de dicha ciudad.

Por último, unas consideraciones finales por parte de los editores (X. Dupré Raventós y J.A. Remolà), más el correspondiente índice temático, vienen a cerrar este volumen, que pese al tiempo transcurrido con respecto a la celebración del coloquio (1996) del que deriva, viene a representar una obra de obligada consulta, para todos aquéllos que se interesen por el estudio de los residuos, temática por otro lado muy de actualidad, y su eliminación y tratamiento en la ciudad romana.

G. CARRASCO SERRANO

CAMERON, A., *El Bajo Imperio Romano (284-130 d. de C.)*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2001. 238 pp.

A la anterior traducción de la obra de Averil Cameron *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía, 395-600*, se añade este segundo volumen (*The later roman empire*, 1993), que viene a completar de esta manera todo el período cronológico correspondiente al mundo romano tardío.

Tras el correspondiente prefacio, la obra se estructura en once capítulos, el primero de los cuales se dedica, a la manera de introducción, a abordar la problemática planteada durante el siglo III d.C. A las fuentes para la etapa que se inicia a partir de Diocleciano se refiere el segundo apartado, haciéndose un breve repaso a las características de los principales textos, tanto paganos como cristianos, de que se dispone para la época. Por su parte los capítulos tercero y cuarto se centran en los mandatos de Diocleciano y Constantino respectivamente. En el primero de ellos, se expone las principales medidas llevadas a cabo por Diocleciano, tanto políticas como tributarias, monetales y administrativas. Por lo que respecta a Constantino, se abor-

da la problemática de las fuentes, resaltándose la exagerada contraposición existente en relación a Diocleciano, y afirmándose que las medidas políticas llevadas a cabo por Constantino, e incluso ciertos aspectos de las religiosas, deberían considerarse como continuación de las líneas generales establecidas ya por Diocleciano. Tras este apartado y de manera complementaria, se pasa a analizar las relaciones entre Iglesia y Estado, así como las controversias religiosas más significativas a lo largo del siglo IV d.C.

El sexto capítulo de la obra, se dedica al mandato del emperador Juliano, exponiéndose los orígenes de su acceso al poder así como las principales medidas llevadas a cabo durante su administración y muy especialmente su actitud para con el cristianismo. También se tiene en cuenta en un capítulo independiente, el Estado tardorromano de Constancio a Teodosio, siendo objeto de tratamiento la burocratización, y la tan debatida cuestión de si el Bajo Imperio romano era o no un Estado totalitario con un rígido sistema de castas, en el que la posición de todos estaba de un modo u otro estrictamente controlada.

De interés resulta el capítulo referente a la economía y sociedad tardorromana, en el que se aborda la inflación, el sistema monetario, el proceso de concentración de propiedades, la mano de obra utilizada (libre/esclava), la influencia del cristianismo en la economía, así como también aspectos de la vida cotidiana. Asimismo es objeto de atención (capítulo IX), los asuntos militares, los bárbaros y el ejército tardorromano, exponiéndose las principales campañas en Occidente y Oriente, el reclutamiento de bárbaros, y la tan cuestionada eficacia del ejército tardorromano como fuerza de combate.

No se olvida en la obra que reseñamos un capítulo dedicado a la cultura de finales del siglo IV d.C., y otro a Constantinopla y Oriente. En el primero de ellos se pone de manifiesto como hacia fines del siglo IV d.C., habían intervenido diversos factores que introdujeron un mayor grado de diversidad cultural, como el cristianismo que presentaba valores distintos y formas de vida alternativas, el impacto de los bárbaros, y el ascenso de las culturas locales. Por su parte y en cuanto al segundo de dichos apartados, se hace un breve repaso de los caracteres que presentan las ciudades orientales, especialmente Constantinopla y Antioquía, en relación a la situación existente en Occidente.

Por último, con unas siempre útiles conclusiones más unos anexos de cronología, lista de emperadores, fuentes y orientaciones bibliográficas, se viene a cerrar esta obra que constituye, sin duda, una interesante contribución para mejorar el conocimiento de una de las etapas más complejas de la Antigüedad, como es el Bajo Imperio romano.

G. CARRASCO SERRANO

BLÁZQUEZ, JOSÉ MARÍA, *Religiones, ritos y creencias funerarias de la Hispania Prerromana*. Colección Historia Biblioteca Nueva. Madrid, Editorial biblioteca Nueva, 2001. 350 pp.

De nuevo el Prof. Blázquez ha puesto en nuestras manos, agrupados en forma de libro, numerosos trabajos bastante recientes, dedicados a las religiones prerromanas de la Península Ibérica. De esta forma, facilita al lector interesado en el tema el acceso a publicaciones dispersas y, en ocasiones, difíciles de encontrar.

Los trabajos han sido seleccionados por su temática en tres apartados bien compensados. El primero está dedicado a las religiones turdetana e ibera, con el destacado protagonismo que juega el influjo orientalizante y el importante papel que tiene el aspecto funerario en ellas. En este apartado quizás hay que destacar, como una de las aportaciones más importantes el trabajo dedicado a la música y la danza en los rituales religiosos de la Hispania prerromana, en el que el Prof. Blázquez, como también hace en los otros trabajos y como es habitual en su forma de trabajar, utiliza tanto los testimonios arqueológicos como literarios.

La segunda parte del libro agrupa aquellos artículos dedicados a las religiones del área indoeuropea de la Península Ibérica, con especial atención a las fuentes epigráficas. El tercer apartado puede considerarse un compendio de los dos anteriores, ya que en él se recogen los trabajos sobre las creencias y ritos funerarios en la Hispania prerromana, con especial incidencia en el culto al toro. Es de destacar en esta apartado, a pesar de su brevedad, el artículo acerca de los posibles antecedentes prerromanos en la Península Ibérica de los combates de gladiadores romanos, publicado en 1994 en el volumen sobre *El anfiteatro en la Hispania Romana*, por la novedad de su planteamiento y porque supone una importante aportación para el conocimiento del tema.

La bibliografía ha sido actualizada, lo que revaloriza el libro convirtiéndolo en un valioso instrumento de trabajo para los estudiosos de estos temas. Se echa en falta la presencia de ilustraciones, en especial mapas, complementarias siempre del texto y habida cuenta de que, como el mismo autor apunta en el prólogo, algunos de los trabajos originales son difíciles de consultar, pero ello no menoscaba el contenido científico del libro, como tampoco lo hace la ausencia de índices analíticos que, de alguna manera, hubieran dado más cohesión a los trabajos agrupados como si fueran capítulos de un libro.

Es muy de agradecer al Prof. Blázquez que nuevamente nos facilite la consulta de su ingente obra y esperamos que siga haciéndolo en el futuro.

G. LÓPEZ MONTEAGUDO
CSIC

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSE MARÍA - GARCÍA-GELABERT PÉREZ, MARÍA PAZ ET ALII, *Cástulo, Jaén, España. II. El conjunto arquitectónico del Olivar*. Oxford, BAR International Series 789, 1999. 335 pp. 53 figg., LXXX lamm.

El volumen relativo a las últimas excavaciones realizadas en la ciudad ibero-romana de Cástulo debía haberse publicado hace varios años. El retraso ha sido motivado por un penoso peregrinaje del original por el Ministerio de Cultura Español, durante el que se llegó a extrañar parte de la documentación aportada.

Afortunadamente, tras un esfuerzo considerable, el equipo arqueológico de Cástulo ha logrado rehacer todo lo perdido y finalmente sale a la luz el volumen dedicado al conjunto arqueológico del Olivar.

Se trata de la séptima memoria de excavación dedicada a esta importante ciudad bética, que por motivos administrativos fue incluida dentro de la provincia romana Tarraconense.

Este, por ahora, último volumen, al igual que el anterior, ha sido publicado por los *BAR International Series* de Oxford y en él han colaborado un extenso grupo de investigadores, que dan a la obra un marcado carácter pluridisciplinar.

La parte principal de la memoria esta dedicada al estudio de las estructuras arquitectónicas que, en el Olivar de Cástulo, fueron sacadas a la luz en la campaña de 1971. Los resultados de estos primeros trabajos de excavación ya habían sido publicados en *Cástulo II* (1979), pero ahora son de nuevo reinterpretados, a la luz que proporcionan los hallazgos de tres nuevas campañas de excavación, llevadas a cabo durante los años 1985, 1986 y 1991.

La primera parte de la obra es una introducción general en la que se detalla la situación actual de la ciudad, se hace un recorrido por sus condicionantes geográficos, climáticos y se hace un breve estudio de su evolución histórica hasta su total abandono durante la época medieval.

Un pormenorizado análisis de los materiales ha llevado a los investigadores a diferenciar una serie de fases de ocupación: en un primer momento parece claro que existió una fase pre-ibérica, identificada con el Bronce Final, definida por materiales cerámicos y paredes de mampostería muy precarias. Le sigue una fase ibérica, de la que además de la cerámica quedan cuatro lienzos de muro, sin fosa de cimentación y formados por grandes piedras irregulares, grandes guijarros redondeados o aparejo de piedra redondeada de medio tamaño, que se sitúan en dos de los extremos. Una edificación de época julio-claudia es la tercera de las fases identificadas, en ella se incluyen los elementos romanos de época anterior. Según los arqueólogos, dadas las características de la excavación, se debe recurrir a la intuición en la identificación de elementos aislados, las cotas de niveles o la pervivencia de estructuras anteriores. La siguiente fase, la flavia, es la que conduce a los investigadores a la identificación del conjunto arquitectónico: para ellos se trata de un edificio termal, de época altoimperial, en su primera fase de construcción, descartando de este modo su anterior unimismación con una villa urbana. En la construcción distinguen con claridad el *hipocaustum*, un área termal calafateada, la zona de accesos, los probables patios, un espacio porticado y una *natatio* con ábside pentagonal. Las fases posteriores, la tardoimperial, la paleocristiana y la árabe se reconocen con muchas dificultades y a los restos aparecidos no se les pueden dar funciones concretas.

El análisis del conjunto arquitectónico del Olivar de Cástulo se amplía con una serie de anexos, dedicados al estudio de los hallazgos numismáticos los tres primeros, que llevan a cabo F. Chaves y J.F. Velasco, al estudio de la cerámica, el cuarto, realizado por S. Prado y al de la fauna recuperada en el conjunto, el quinto, por A. Morales, incluyendo todo tipo de análisis.

Finalmente, agrupados bajo la denominación de Varia, se recogen cinco trabajos, que si bien no están relacionados directamente con el conjunto arquitectónico del Olivar de Cástulo, si son significativos a la hora de evaluar globalmente el yacimiento. Se trata del estudio de un conjunto numismático hallado en la campaña de excavación de 1981, en la parte alta de la ciudad, realizado por F. Chaves y F.J. Velasco; dos inscripciones, una perteneciente al cortijo de El Fontanar y otra al de Casablanca, por J.M. Abascal; unas planchas colectoras de época romana, por A. Tornero; las campañas de excavación de 1975 y de 1977, llevadas a cabo en el Estacar de Luciano, por J. Valiente. La obra se concluye con un extenso análisis de la epigrafía castulonense en el que J. Cabrero recopila por vez primera todos las inscripciones de épo-

ca romana, pertenecientes a la ciudad, que están desperdigadas, unas por distintos museos y, otras en lugares naturales, debiéndose dar por desaparecidas algunas de ellas. Se trata éste último de un interesante catálogo, que sin duda se verá ampliado con el paso del tiempo y los nuevos hallazgos.

Junto a una excelente documentación gráfica, dentro de los límites que impone la propia publicación, se recoge también la abundante bibliografía que la ciudad jienense ha proporcionado.

F. CORDENTE VAQUERO